

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

“Hacia la Luz”

Luz Elena Eusse López



Digitalizada por Revista literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

“HACIA LA LUZ”

NOVELA ORIGINAL

DE

LUZ ELENA EUSSE LÓPEZ

ÍNDICE

Pág.:

AGRADECIMIENTO	4
DEDICATORIA	5
PRÓLOGO.....	6
CAPÍTULO UNO: EL SACRIFICIO	8
CAPÍTULO DOS: LUISA, PIEDAD, CRISTINA Y LINA	28
CAPÍTULO TRES: JULIANA	37
CAPÍTULO CUATRO: MARCELA	46
CAPÍTULO CINCO: ISABEL	56
CAPÍTULO SEIS: MARÍA	63
CAPÍTULO SIETE: CARLOTA	73

AGRADECIMIENTO

A Dios, Nuestro Señor Jesucristo, por darme la capacidad de escribir. Que todas mis obras sean en Tu Honor y Tu Gloria.

Luz Elena Eusse López

DEDICATORIA

Esta novela fue escrita en gloria y alabanza a La Verdadera Luz del mundo: JESUCRISTO. No es una novela religiosa, pero sus protagonistas nos enseñan que debemos seguir el camino recto y verdadero hacia la maravillosa vida que nos espera después de ésta. A Cristo Jesús le damos la gloria. Nuestro trabajo está enfocado siempre en Él. Reconozcamos que nuestras capacidades nos fueron dadas por quien nos ama. A Él le pertenece nuestra mente.

Dejemos a un lado los pecados de orgullo, vanidad, ambición y desdén por el más humilde. Las personas de escasos recursos económicos valen tanto como nosotros mismos. Es bueno compartir nuestra riqueza con los más desprotegidos. ¡Qué felicidad se siente cuando damos un trozo de pan a un niño y vemos su rostro brillando por la emoción porque tiene algo de comida para llevarse a la boca! O cuando regalamos abrigo a quien tiene frío. Todo esto lo enseñó Jesús cuando nos dijo: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado...” O cuando nos dijo: “Mi paz os doy, mi paz os dejo...” Para Ti Amadísimo Jesucristo he escrito esta novela. Se que me escuchas porque lo siento en mi corazón. Espero que en el mundo entero se lea este escrito y que todo sea para Tu Gloria y Honor.

Luz Elena Eusse López

PRÓLOGO

Cuando Elena nació era hermosa. De color blanco, cabello y ojos castaños. Su rostro era angelical. Su cuerpo menudo la hacía parecer una muñeca. Pero a medida que el tiempo pasaba y la niña crecía, se fue convirtiendo en una jovencita obesa. Su rostro se hizo redondo. Su familia, compuesta por sus padres y hermanas, sentía vergüenza de ella. Cuando alguien los visitaba en la residencia la escondían o bien la presentaban como la muchacha del servicio. Sus padres nunca salían con ella, mientras que a sus hermanas las mostraban con orgullo. No se preocupaban por la niña que pasaba su tiempo dedicada al estudio, lo cual hacía con ahínco.

Alfonso Guzmán y su esposa Celina Contreras eran millonarios y tenían 10 hijas. Luisa, Piedad, Cristina, María, Isabel, Carlota, Lina, Marcela, Juliana y Elena. Las primeras 9 eran hermosas. Altas, cuerpos bien formados, cabello largo. Unas eran morenas y las otras rubias. Pero la hija número 10 ¡qué fea era! No sabían por qué era tan obesa. Sentían demasiada vergüenza por tenerla. Nunca iban a las reuniones escolares por sus calificaciones. Tanto sus hermanas como los novios de éstas la humillaban y maltrataban. Se burlaban de ella por ser tan fea. A veces hasta le pegaban. La obligaban a realizar casi todas las labores domésticas aunque tuvieran empleadas para ello. Como si quisieran hacerle pagar la fealdad de su pequeño cuerpecito. Muchas veces le negaban la comida. En otras ocasiones, la hacían tomar píldoras adelgazantes que solo le produjeron una enorme gastritis.

Elena soportaba todos los sufrimientos en silencio. Levantaba su mirada tierna hacia el cielo ofreciéndole al Señor Dios su tormento. Le rogaba que perdonara a su familia. Ya cambiarían y la aceptarían como era.

También le pedía al Señor Dios su permiso para demostrar que ella, a pesar de ser tan fea, tenía un corazón grande y lleno de amor para darles, además, algún día podría serles de utilidad.

Ansiaba de todo corazón que su familia la aceptara. Se desvivía por serviles, aunque solo encontrara su rechazo. Cabizbaja se encerraba en su habitación y lloraba pidiéndole al Señor que los perdonara. Ella no tenía la culpa de ser tan obesa. Algo en su pequeño cuerpecito no funcionaba bien. Pero ¿cómo saberlo si no la llevaban al médico?

Los cumpleaños de Elena pasaban por su corta vida sin pena ni gloria. Nadie los recordaba. Vivía sola encerrada en su mundo de trabajo, silencio y oración.

CAPÍTULO UNO

EL SACRIFICIO

Elena, encerrada en su cuarto, pensaba en sus 15 años de existencia. Los primeros 8 fueron maravillosos. Sus padres y hermanas la mimaban, pero cuando comenzó a engordar le pegaban, la maltrataban, se burlaban de ella, ya no había mimos, la hacían a un lado y nunca había un puesto en el comedor para ella.

Elena recordaba, así mismo, cómo su madre le decía a cada instante que esa fealdad se la debía a sus verdaderos padres, ya que ellos la habían adoptado para que no muriera de hambre en manos de su desalmada madre.

Muchas veces pensaba si sería cierto lo que su madre le decía. Jamás lo averiguaría, no tenía forma de hacerlo.

Encerrada en su cuarto pensaba ¡cómo le hubiera gustado una palabra de felicitación el día de sus 15 años! O tal vez un pedacito de torta con una pequeña copita de vino. Ya no recordaba el sabor de estos manjares. ¿A qué sabrían? Pero durante el día nadie llegó a su pequeña y fría habitación ubicada en el lugar más lejano de la casa. Solo tenía un camastro, una silla y un closet donde guardar sus pocas pertenencias ya que nunca le compraban ropa. Elena vestía con los harapos que las empleadas del servicio tiraban en su cuarto. En silencio las recogía dando gracias a Dios porque tendría con que cambiarse al siguiente día.

También pensaba: ¿Qué sentiría una jovencita al tener un noviecito? Sus hermanas los habían tenido. Ella sabía que le estaba negado. Por su gordura nadie la miraría.

Cuando la enviaban al supermercado las personas se reían de ella diciéndole que tenía más carne que La Boina Roja, carnicería muy famosa en la ciudad.

El día de sus 15 años, como siempre, fue a la cocina a servirle la cena a su familia quien no recordaba que la menor cumplía años en dicha fecha.

Cuando Elena llevaba los vasos con agua, tropezó con tan mala suerte, que todo el líquido cayó sobre Alvaro, el novio de su hermana mayor. Éste, furioso, la golpeó hasta hacerla sangrar mientras sus padres y el resto de la familia miraba en silencio sin importarles nada. Mientras ella se retiraba a su habitación lo único que decía era: Perdónale a mi familia Dios Mío.

Llegó el final de aquel año escolar. Su familia se fue de paseo a la costa. Ella tuvo que quedarse con las empleadas domésticas que la trataban tan mal como lo hacían sus padres y hermanas. Al siguiente año Elena no fue matriculada en el colegio, por lo tanto, no pudo continuar sus estudios convirtiéndose en una criada más de la familia. Le dejaron conservar la habitación porque estaba bien lejos de las principales.

La familia de Elena gastaba el dinero a manos llenas: Muchas comidas elegantes, cinemas, invitados, fiestas, clubes, etc.

Sus hermanas no trabajaban. Se acostaban a altas horas de la noche levantándose al mediodía. Algunas de ellas se casarían ese año. Las 3 mayores contraerían matrimonio. Dejarían el hogar paterno, de modo que solo quedarían en la casa Elena, 6 hermanas y sus padres.

El señor Alfonso Guzmán se veía muy pensativo, triste y bebía en exceso. Cada día los lujos, las fiestas y las invitaciones disminuían pero nadie sabía el por qué. Cierta día llegó el jefe de la familia diciendo durante la el almuerzo: -Estamos arruinados. -Jugué esta casa con todo su mobiliario y la perdí, de tal modo que empaquen sus pertenencias que nos vamos esta misma

noche. Luego llamó a la servidumbre diciéndoles que ese día se irían de la casa porque ellos se iban de viaje. A cada una le pagó la mitad de su sueldo. Éstas, rabiosas, salieron de allí diciéndole palabras vulgares al señor Guzmán. Su esposa e hijas estaban furiosas. No entendían nada, pero obedecieron. En la camioneta de la familia se alejaron de la vida fácil y elegante para llegar a un barrio de la ciudad de San Martín llamado Río Claro.

Cuando llegaron no lo podían creer. Gritaban a su padre que no vivirían allí. Éste les decía que no había otro sitio donde quedarse, fue el más barato que encontró. La casa era muy grande, bastante fea, le faltaba pintura, parecía una casa de fantasmas, además no llevaron bombillas, por lo tanto les tocó encender velas. Había muy pocas camas y tuvieron que dormir de a dos. Elena se quedó sin un sitio donde pasar la noche. Humildemente tendió una manta en el suelo, dando gracias al Señor por tener un rincón donde descansar, luego cerró sus ojos convencida que la ayuda Divina jamás les faltaría.

Al día siguiente se levantaron a las 10 de la mañana. No tenían ni un solo pan para calmar el hambre. Su padre cabizbajo lloraba en un rincón de la casa. Al verlo desataron su furia contra él porque tenían hambre y no podrían calmarla. No se habían dado cuenta que la pequeña de la familia no se hallaba en la casa.

Como a la media hora llega Elena con muchas bolsas llenas de comida. Ni siquiera preguntaron donde la había conseguido. Todo lo consumieron sin pensar que más tarde sus estómagos rugirían pidiendo alimento.

El padre de Elena, por primera vez en su vida, la miró con ternura preguntándole delante de sus hermanas dónde obtuvo la comida. Ella simplemente respondió que había pedido limosna para llevarles el desayuno, así mismo consiguió trabajo y comenzaría al siguiente día.

La egoísta madre y sus hijas ni siquiera le dieron las gracias. No dejaron ni una migaja de pan a

la valiente niña que les había saciado el hambre. Elena llevó a casa una escoba y un trapeador. Después de asear el hogar salió de nuevo en busca de más comida llegando en las horas de la noche con bombillas, papel higiénico, alimentos para varios días mientras recibía su primer sueldo en La Tienda del Barrio donde trabajaría atendiendo la clientela. A ella no le importaba, ya tenía trabajo. Con el sudor de su frente ayudaría a su familia. Esa noche se acostó feliz y mucho más agradecida con el Señor Dios por todos los beneficios recibidos.

Afortunadamente, con el poco dinero que quedaba, su padre compró aquella vivienda. Sin pagar arriendo la vida sería más fácil, pensaba Elena.

Se levantó a las tres de la mañana, preparó las comidas para su familia, organizó la vivienda y después de lavar la ropa se fue a cumplir con sus nuevas obligaciones. En la tienda de alimentos donde prestaría sus servicios la acogieron muy bien. Los propietarios eran dos ancianos sin hijos, rechonchos, de edad muy avanzada, ya no podían con los años. Como el pequeño negocio era su sustento diario aún trabajaban. Rigoberto y Matilde, una vez escucharon la historia de Elena, le creyeron sin pensarlo dos veces. Como era poco lo que podían hacer le ofrecieron trabajar con un salario miserable pero ella aceptó encantada.

Elena llegó a su empleo una hora antes de iniciar las ventas. Los ancianos admirados de su cumplimiento le enseñaron cómo atender la clientela. Siendo una jovencita inteligente lo comprendió al instante. Cada artículo tenía su precio por lo tanto no habría problemas.

Mientras llegaba la hora de abrir al público, Elena limpió, no solo el negocio, sino también la vivienda de Rigoberto y Matilde. En muy poco tiempo hizo todas labores. Los ancianos felices la abrazaban dándole las gracias.

Cuando llegó el primer cliente por leche, panes, chocolate y mantequilla para el desayuno, la eficiente Elena lo atendió con gran gentileza y amabilidad. El comprador se fue encantado

volviendo al poco rato para preguntar a los ancianos donde habían encontrado esa perla. Ese primer día hubo mucho movimiento en el negocio llamado “La Tienda del Barrio”. Los ancianos se ponían de mal genio cada vez que llegaba un cliente. Trabajaron toda su vida y estaban cansados.

A la hora del almuerzo, mientras Matilde le servía, Rigoberto la reemplazaba en la tienda. El día pasó rápidamente. Eran las 8 de la noche. Elena aún trabajaba. Los ancianos la obligaron a suspender sus labores, puesto que a las 6 de la mañana continuaría la rutina del día anterior.

Iba feliz hacia su hogar dando gracias al Señor Dios por un día tan maravilloso lleno de trabajo y alegrías. Estaba radiante. Solo pensaba en ayudar a su familia. No le importaba su desamor. Ya llegaría el momento cuando se adaptaran a su nueva vida. Entonces comprenderían que los placeres mundanos como las fiestas, el licor, los bailes, etc. son pasatiempos vanos que no llenan el alma y el espíritu, en el cual solo debe tener cabida el amor hacia DIOS PADRE TODO PODEROSO Y SU HIJO JESUCRISTO EN LA UNIDAD DEL ESPÍRITU SANTO. En su tiempo de soledad se había dedicado a leer la Sagrada Palabra volviéndose muy creyente. Tenía claro que es la única felicidad a la cual podemos aspirar. Lo demás era pasajero. Cuando llegó a su casa encontró a las tres hermanas que se habían casado antes del fracaso económico. Estaban llorando porque los esposos las abandonaron al no tener dinero. Luisa, Piedad y Cristina estaban embarazadas. Cuando entró escuchó a sus padres que furiosos las gritaban diciéndoles que regresaran a sus hogares, allí no tenían espacio para ellas y mucho menos para tres chiquillos que en unos meses llegarían haciendo más dura la vida en aquella pobreza.

Elena interviene a favor de sus hermanas. Si había comida para ellos nueve, también habría para ellas y sus hijos. Por primera vez en la vida hicieron caso a las palabras de la menor. Organizaron un cuarto para las tres casadas que debían dormir en colchones no obstante su embarazo.

La vida continuó. Solamente Elena trabajaba en aquella casa. Llevaba comida, pagaba las

cuentas de agua, luz y teléfono. Con el poco dinero que le sobraba nunca compraba nada para ella. Lo gastaba adquiriendo ropita de bebé para los tres sobrinos que pronto llegarían. Como siempre, Elena daba gracias a Dios por las tres vidas que harían parte de ellos.

Ninguna de sus hermanas quería trabajar. Se pasaban la vida llorando su desventura, como decían ellas, culpaban a su padre por jugarse el dinero de la familia.

Elena no trabajaba los domingos e ideó una forma de conseguir más dinero: Hacer comestibles en la casa para venderlos puerta a puerta. Los sábados llegaba a las 9 de la noche. Hacía todo el trabajo en la casa ya que ni su madre ni sus hermanas movían un dedo para ayudarla acostándose a la 1 de la mañana.

Ese domingo, sería el primero en vender sus comestibles. No sabía qué hacer, pero pensándolo bien, se decía: -En la tienda compran muchas empanadas. Yo las sé hacer, estoy segura que Dios nunca me abandona y las venderé todas. Solo durmió una hora. Se levantó silenciosamente dirigiéndose a la cocina donde comenzó su labor. Rezando y haciendo empanadas le dieron las 8 de la mañana. Ya tenía 300.

Se cambió de ropa. Minutos más tarde se dirigió a la puerta con una canasta llena de empanadas. Encontró a su padre en el comedor mirándola con tanta ternura como jamás lo había hecho. Con lágrimas en los ojos y acariciándole el rostro le dijo: -Gracias hija mía, Dios sabrá recompensarte tanto sacrificio. Has de saber que estoy enfermo, tengo cáncer en el estómago, pronto partiré de este mundo.

Al ver lágrimas de tristeza en los ojos de la niña, le dice: -No llores mi pequeña, te quiero muchísimo. Siempre estaré agradecido por lo que haces. Sé que tu madre y hermanas estarán bien. Tarde o temprano seguirán tu ejemplo trabajando para ayudarte. No debes decir nada a nadie. No tenemos dinero para médicos. No quiero que sufran por mi causa. Tú eres valiente y sabrás afrontarlo. Ahora vete que tus empanadas se enfrían. Elena era conocida en el barrio.

Vendió sus 300 empanadas. Estaba feliz. Había recogido \$ 60.000,00. No sabía en qué invertirlos.

¡Eran tantas las necesidades de su familia! Pero recordando las palabras de su padre, decidió llevarlo al médico. Éste le recetó muchos remedios diciéndole que el cáncer estaba muy avanzado, ya nada se podría hacer, sólo aliviarle el dolor.

Después de repartir sus comestibles Elena pensaba descansar un poco, cambiarse de ropa y asistir a la santa misa. Estaba feliz, muy agradecida con el Señor Dios por haberle permitido vender todo. Así ayudaría a mitigar un poco el dolor de su padre.

Pero cuando llegó sus hermanas no habían hecho nada. Olvidando su cansancio les organizó la casa, hizo el almuerzo, lavó la ropa. Aún tuvo tiempo para escuchar los reproches de su madre diciéndole que debía trabajar mucho más ya que era muy poco el dinero que llevaba a casa. Ella sin enojarse prometió que así lo haría. Elevó sus ojos al cielo en una oración para que nuestro Padre Santo le ayudara.

Cuando Elena se dirigió al baño sufrió un mareo. Trató de disimularlo, más su padre, que no le quitaba el ojo de encima, la ayudó llamando al resto de la familia. Reunidos en el comedor escuchaban al señor de la casa diciéndoles que tan pronto amaneciera tendrían que buscar trabajo. No permitiría que Elena se sacrificara a tal punto de enfermarse solo por ayudarlos. De muy mala gana le contestaron que no era culpa suya esa situación. Además, Elena, siendo la más fea debía trabajar para ellas. No le hicieron caso a su padre que se sentía culpable. Los remordimientos le aceleraban el fin de sus días. La niña simplemente dijo que con el mayor gusto continuaría luchando por ellos.

Así pasaba la vida de la dulce y sufrida Elena: Trabajo, trabajo y más trabajo. Nunca se quejaba, todo lo ofrecía al Señor en silencio.

Lina, de 20 años, Marcela de 19 y Juliana de 17 estaban por terminar el bachillerato. Corría el mes de febrero. Elena pensaba que sería maravilloso que ellas culminaran sus estudios secundarios, luego estudiaran alguna profesión. De esta forma la vida sería más fácil para ellas.

Entonces sin decirle nada a nadie, les consiguió un colegio. Valientemente contó al Rector su situación. Éste, conmovido, le concedió tres becas. Era jueves y al lunes siguiente comenzarían sus estudios.

Esa noche cuando Elena les comentó que continuarían sus estudios no lo podían creer. ¿Es que su hermanita menor hacía milagros? ¿A qué horas había conseguido colegio si todo el día lo pasaba en la tienda?

Les contó sobre su encuentro con Don Manuel en el negocio de los ancianos, a quienes solicitó permiso para irse con el Rector del Colegio Sagrado Corazón de Jesús donde fueron matriculadas. Le dieron las gracias sin mucho ánimo. Pero se les presentaba otro problema: ¿Cómo pagarían los pasajes del autobús ya que debían tomarlo para llegar al plantel educativo? Ella les prometió que trabajaría más duro para buscarles el dinero.

Fue así como Elena, en vez de hacer 300 empanadas hacía 500. Los sábados nunca se acostaba. Después de laborar en el negocio, hacer todas las labores de la casa, emprendía la dura tarea de hacer los comestibles terminando a las 9 de la mañana.

Estaba feliz. Agradecía al Señor Dios porque durante la semana le encargaban todas las empanadas de modo que sólo era hacer las entregas. Regresaba al hogar tomando un merecido descanso. Después de la Santa Misa continuaba haciendo otras 200 empanadas que le compraba don Manuel para vender en el colegio. De modo que en vez de recoger \$ 60.000,00 ya ganaba \$ 160.000,00 cada 8 días.

La familia comenzó a progresar con el trabajo de Elena. Las tres hermanas que le seguían hacía

adelante estudiaban con esmero. Sabían que era la única forma de salir de aquella pobreza. La niña ya no era tan obesa. Tanto trabajo la había hecho perder más de 20 kilos como en seis meses. Se veía muy linda. Otra vez estaba siendo la muñeca de antes. Su madre y hermanas ya no la trataban tan mal. Su padre, cada vez más enfermo, la miraba con orgullo sin ocultar el amor que sentía por la menor de sus hijas, lo cual causaba los celos de las demás.

Por su trabajo, dedicación, entereza y valentía con que sostenía el hogar, era muy conocida, admirada y estimada en el barrio. Le ofrecían trabajos mejores que el de “La tienda del barrio” pero no los aceptaba porque no quería dejar solos a los ancianos que la necesitaban. Se ganó un lugar en el corazón de aquellas gentes sencillas que querían ayudarla. Le ofrecieron trabajo para sus hermanas María, de 22, Isabel de 23 y Carlota de 24 años, como cajeras en un banco. Estaban perfectamente capacitadas para hacerlo. Habían terminado su bachillerato y estudiaban Administración de Empresas cuando les llegó el fracaso económico.

Comprendían que su hermana menor se sacrificaba demasiado por ellas. Sabían que si Elena seguía trabajando en esa forma pronto enfermaría y no tendrían quien las mantuviera.

Felices aceptaron el empleo. Cuando recibieron su primer pago olvidaron totalmente que debían colaborar con los gastos familiares dedicándose a comprar ropa y zapatos.

Cuatro meses más tarde se casaron, sin importarles que tanto sus padres como el resto de la familia necesitaran de ellas. Elena feliz agradecía al Señor la suerte de sus hermanas.

Se aproximaba el parto de sus tres hermanas mayores. Elena ya había conseguido clínica. Tenía el dinero listo para ese día.

La niña sabía que el único miembro de la familia que la quería de verdad era su padre. Su madre y el resto de sus hermanas no sentían compasión por ella al ver el duro trabajo que realizaba

para sostenerlas: Colegios, clínicas, remedios, mercado, cuentas de servicios, etc., todo se pagaba con el dinero que ganaba Elena.

Su madre sentía verdadero amor por sus tres hijas mayores: Luisa, Piedad y Cristina. Eran muy parecidas al padre de ella. En cambio Elena, aunque estaba delgada y había mejorado mucho su aspecto físico se parecía más a su padre. Celina no la quería. A simple vista se le notaba el amor por las mayores. La joven no prestaba atención a esto atendiendo a su mamá con gran esmero.

Cierta día su padre amaneció muy enfermo. Llamándola la sentó junto a su lecho hablándole de esta forma: -Mi niña, el fin está cerca, de modo que te voy a dejar mis pocas pertenencias. Pásame la cajita que tengo debajo de la cama. Ella muy triste obedeció. Cuando éste sacó unos documentos se preguntaba: ¿Qué sería aquello que él guardaba con tanto esmero?

El señor Alfonso Guzmán habló así a su hija: - Siendo la más pequeña, eres la más valiente, por eso te mereces el premio. En estos documentos encontrarás el nombre, la dirección y el teléfono del Dr. Arturo Acosta, mi abogado. Él tiene instrucciones de entregarte el dinero que tengo guardado en el banco Calima.

No estamos tan pobres económicamente como parece. Tenía que dar una lección a tu madre y hermanas. La vida de lujos y derroche les volvió el corazón frío sin sentir compasión por nadie.

Sé que cuando tus hermanas se casen, si sus esposos no poseen mucho dinero sufrirán, por eso era mejor que aprendieran ahora, que en la vida hay otros caminos para ser felices tales como el trabajo, ayudar al prójimo, en los pequeños detalles también encontramos felicidad. Tus hermanas son frías e insensibles, sólo piensan en ellas, nunca van a la Santa Misa a alabar al Señor Dios, pero tu mi pequeña nos has dado una gran lección, te hemos tratado muy mal pero sigues ayudándonos con gran amor y cariño. No te merecemos.

Deja a tu madre y hermanas porque no te merecen, permíteles que trabajen y con el sudor de su frente ganen el sustento diario. Busca tu propia felicidad. Espero encuentres un hombre bueno que te ame y cuide, te de todo el amor que nunca recibiste de nosotros, tus verdaderos padres.

No les entregues un solo peso. Ellas tienen que aprender a ganar el pan de cada día. Guárdalo para ti. Algún día te servirá.

Elena lloraba escuchando a su padre, mientras lo abrazaba prometiéndole que así lo haría. Salió de la habitación regresando al poco rato con leche caliente para el enfermo. Su padre ardía en fiebre, por eso decidió llamar al médico del barrio que era amigo. En la Tienda lo conoció quedando encantado con la dulzura de Elena.

Cuando ésta fue a la sala donde su madre y hermanas veían televisión perezosamente les dijo que su padre estaba mal e iba en busca del médico.

Ellas no se inmutaron. Elena, gritándoles, les dijo que fueran a cuidarlo mientras ella llegaba con el médico. Su madre accedió sin muchos ánimos.

Elena tardó una hora en llegar con Augusto López, el médico, pero con tan mala suerte que el señor Alfonso Guzmán había fallecido.

Encontró a su familia furiosa gritando porque no tenían dinero para el funeral. Elena les dijo que se haría cargo de todo. Las damas quedaron tranquilas.

La joven buscó al abogado quien le entregó el testamento donde su padre la nombraba heredera de una fortuna considerable.

En ese instante no pensó en lo que haría con el dinero. Pidió ayuda al abogado para las vueltas

del funeral. Éste con gusto la atendió.

Durante el velorio, su madre y hermanas charlaban con las pocas personas que acompañaron a su padre en los últimos momentos. Después fue cremado. Sus cenizas reposan en uno de los osarios de la Iglesia San Cayetano del barrio Río Claro.

Al regresar a casa iba silenciosa. Escuchaba a su familia maldecir al muerto, al viejo miserable que las dejó en la ruina. No lo iban a extrañar. Era mejor que estuviera muerto así no tendrían que reprocharle más su situación.

Elena, que en un principio había decidido repartir el dinero entre todas, al escucharlas se dijo que no lo haría. Su padre tenía razón. Debían luchar y aprender a vivir, por eso no dijo nada. Al llegar al hogar se encerró en su habitación llorando sin consuelo. Ese día, cuando Celina le dijo que hiciera la comida, por primera vez en la vida se negó rotundamente. Su madre abrió los ojos más de la cuenta. No lo podía creer, Elena se negaba a ayudarles e intentó darle una bofetada. Elena le detuvo la mano en el aire diciéndole: -Nunca más lo harás. Eres mi madre y te respeto, pero los abusos contra mi terminaron. Vamos a la sala que necesito hablar con todas.

Cuando estuvieron juntas las 11 mujeres, Elena les dijo: -A partir de ahora, en esta casa se repartirán los oficios:

Unas trabajarán en la cocina y otras en la casa. No volveré a cocinarles, laboro muy duro para sostener este hogar, así que deben colaborar. Quien no cumpla con sus obligaciones no comerá. Dirigiendo sus ojos a las 3 que trabajaban en el banco les dijo -A partir de este mes, cada una de ustedes deberá hacer un aporte económico a esta familia. Yo les conseguí el trabajo pero también puedo hacer que se los quiten, así estén casadas y viviendo aparte.

En cuanto a las tres mayores les dijo que ayudaría en todo para el nacimiento de sus sobrinos,

pero que después cada una tendría que hacer las paces con su marido.

¡Elena se veía tan linda dando órdenes! Tan jovencita, aún no cumplía sus 16 años. Sus hermanas nada decían, pero estaban asombradas al ver la valentía con que Elena les hablaba. No se veía miedo en sus ojos. Hablaba firme, sin titubeos, como si fuera la dueña de la casa.

Por primera vez en sus vidas le hicieron caso. Avergonzadas apagaron el televisor. Las tres mayores se dirigieron a la cocina. Las que trabajaban en el Banco comenzaron a organizar la casa, porque las tres que antecedían a Elena debían estudiar, por lo tanto, se encerraron en la habitación que compartían.

Viéndolas, Elena sentía ganas de hablarles del dinero, pero no podía, lo había prometido a su padre, cumpliría su palabra. Cuando sus hermanas cambiaran, entonces a cada una entregaría la parte que le correspondía.

La vida continuó en el hogar de Elena. Sus hermanas cambiaron en algunos aspectos. Las tres embarazadas dieron a luz dos niñas y un niño a quienes bautizaron con los nombres de Isabel, Rafael y Esperanza.

Las tres que trabajaban en el banco, aunque ya casadas y viviendo aparte, comenzaron a hacer sus aportes económicos al hogar, no era mucho, pero al menos era una ayuda para la pequeña Elena.

Hacía dos meses que su padre había muerto. Elena continuaba laborando en La Tienda del Barrio. Cierta día, en horas de la mañana, por más que tocaba nadie le abría. Muy preocupada llamó a los vecinos. Al abrir encontraron muertos a los ancianos. Probablemente les dio un ataque al corazón mientras dormían. Estaban demasiado viejos, era lo más normal.

Rigoberto y Matilde eran solos, no tenían hijos. Nunca se les conoció un sobrino o algún familiar cercano. Elena se había quedado sin trabajo. No estaba asustada porque contaba con el dinero de su padre. Pero se decía, no podía gastarlo ni dejar que su familia pensara que tenía una pequeña fortuna guardada.

Se dedicó a hacer comestibles en su casa en las horas de la mañana, por las tardes salía a venderlos. Le iba mucho mejor que en la tienda. Ganaba más dinero, el cual se iba ayudando a su familia.

Su madre, hermanas y cuñados no la consideraban mucho. Ya no le ayudaban en la cocina, siendo ella, quien fuera de prepararles los alimentos, hacía también sus comestibles en un pequeño patio trasero cocinando con leña, para no gastar energía. No se daba un minuto de descanso.

Su familia era muy numerosa, fuera de eso, tres sobrinos que mantener. Elena estaba extenuada pero no se quejaba.

Miraba en silencio a su deteriorada madre. Con más ganas se dedicaba a sus quehaceres domésticos alabando al Señor Dios por tenerlos. No quería sentirse sola como los ancianos Rigoberto y Matilde.

Para colmo, los esposos de las tres mayores llegaron a la casa instalándose en ella para que los mantuvieran porque habían perdido sus empleos.

Elena los aceptó en silencio. En el hogar se hacía lo que ella proponía porque era la que más dinero aportaba. Por miedo a que se marchara le obedecían, pero por dentro le decían mil improperios. Elena no tenía novio, pero sí muchos amigos que la visitaban sentándose en el patio trasero a conversar mientras hacía sus empanadas para vender.

Carlos Brunet, ingeniero textil venido de Alemania, sentía verdadera admiración por la chiquilla. Deseaba casarse con ella cuanto antes, pero la madre de Elena se negaba a darle el permiso diciendo que si contraía matrimonio ¿quién los iba a mantener? Además, siendo menor de edad, ya que tenía 16 años recién cumplidos, no podría hacerlo.

Sus cuñados, los que antes la maltrataban, ahora no cesaban de alabarla para que los siguiera manteniendo en silencio.

Elena, pasadas las 12 de la noche, se acostaba para levantarse a las 4 de la madrugada con el fin de despachar para el colegio a tres de sus hermanas. Nunca se quejaba. Vivía trabajando y orando.

Pocos días después de la muerte de Rigoberto y Matilde, llegaron a casa de Elena las autoridades del barrio comentándole que era la heredera de los ancianos.

¡No lo podía creer! Decía que no tenía méritos para ello. Mientras su madre, socarronamente la acariciaba para que aceptara, lo mismo que sus hermanas. Las autoridades entregaron a Elena el testamento redactado por los ancianos.

Su familia estaba muy preocupada. Seguramente Elena se iría a vivir allí para manejar su pequeño negocio. Se olvidaría de ellas y tendrían que comenzar a trabajar fuertemente pero no estaban dispuestas a hacerlo. Tendrían que pensar en la forma de hacerle perder la herencia.

Elena, ajena a los pensamientos de su familia, se dirigió hacia la casa heredada. La organizó, pintó, arregló las paredes, cambió la baldosa, etc., parecía como nueva. Un mes después reabrió el negocio.

La Tienda del Barrio parecía diferente. Modernizó los estantes, los enfriadores. Era como un nuevo negocio. Elena hizo una pequeña inauguración con una Santa

Misa, a la cual solo asistieron ella, Carlos y el Sacerdote. El alemán le dijo a Elena que esperaría dos años a que fuera mayor de edad para casarse. Estaba muy enojado al ver cómo abusaban de ella en todo momento. No lo podía creer.

Todas las jóvenes estaban en muy buenas condiciones físicas para trabajar y ganarse la vida.

Ella no podía continuar cargando una cruz que no le correspondía. A las casadas, con sus respectivos hijos, que las sostuvieran los maridos que también se hallaban en un estado, tanto físico como mental, excelente para buscar trabajo. Ya se encargaría de organizar esa partida de zánganos para que dejaran a su niña en paz. Elena nada decía pero pensaba que tal vez él tenía razón. Si ella faltaba, su familia no estaba preparada para ganarse el sustento diario. Entonces: ¿Qué sería de ellos? Lo justo era darles la oportunidad de hacerlo. Además, estaba la pequeña fortuna que le entregara su padre. Tendrían que aprender a manejar el dinero y si no se alejaba jamás lo harían. Aún no sabía cómo preparar su marcha porque no era capaz de dejarlos. Tal vez al cumplir su mayoría de edad se iría para siempre. Mientras tanto trabajaba en su negocio. Ganaba muy buen dinero ya que la atención que prestaba a los clientes era maravillosa. Consiguió una empleada la cual alojó en casa de los ancianos muertos, ya que ella no pudo mudarse porque su madre le hizo tal escándalo, lloró tanto que hasta se desmayó del dolor que sentía por la partida de la menor de sus hijas, pero cuando le arrancó a Elena la promesa de no irse, se alivió inmediatamente y volteó a reírse donde su hija no la viera.

Elena tomó una decisión: Jamás volvería a hacerle las comidas a su familia. Era tiempo de delegar responsabilidades.

Días después, comenzó a irse para su negocio a las 5 de la mañana, donde, en compañía de su empleada hacían los comestibles para vender diariamente. Se entregaba de lleno al trabajo, dándole gracias a Dios por el regalo que le hicieron los ancianos con el cual daba estudio a sus hermanas y en general comida, vestido, etc. a tanta gente como eran los integrantes de su

familia.

El primer día que se fue sin hacer las labores de la casa, su familia puso el grito en el cielo. Furiosas, aunque ella no estuviera presente, la insultaban. De muy mala gana su mamá se fue a cocinar mientras que sus hijas aseaban la casa, lavaban la ropa, otras la planchaban, en general se repartieron los oficios sin decirse nada.

Cuando Elena regresó a las 11 de la noche, toda la familia la esperaba en la sala. Su madre sin decir nada, con la correa en la mano la cogió a golpes mientras los otros miraban sin modular palabra alguna. La joven, sin decir una sola palabra le ofreció este nuevo sufrimiento al Señor encerrándose en su habitación.

Por primera vez pensaba en las palabras de Carlos: ¿Ser buena hija es permitir que la maltraten en tal forma? Ser buena hermana es alcahuetearles a ellas ¿para que no aprendan a ganarse la vida? ¿Estaría haciendo bien cubriéndoles todas las necesidades? Pronto sus sobrinos necesitarían ropa, calzado, estudio, etc. Aunque ella ya tenía sus ahorros, sin tocar el dinero de su padre. ¿Estaría bien que les diera todo esto mientras sus cuñados llegaban embriagados todas las noches a ponerle problema porque no les daba dinero para sus vicios?

A pesar de sus escasos 17 años, Elena era una buena cristiana. Se fue a la iglesia para contarle todo el sacerdote quien le dijo que debía abandonar esa casa de inmediato. Era una lástima que aún fuera menor de edad. Debía aceptar la propuesta de matrimonio del alemán para enfocar su propia vida, sin darle un solo peso a su familia hasta que aprendieran el valor del amor a Dios así como del trabajo.

Elena salió decidida a cumplir lo que habló con el sacerdote. Para que no le hicieran escándalo se acostó como si nada hubiera sucedido. A las 5 de la mañana, cuando todos dormían, salió llevándose sus pocas pertenencias, dirigiéndose a su negocio donde tenía una habitación disponible para ella. Contó a su ayudante lo sucedido y como tenía la cara tan marcada por los

correazos decidió no trabajar ese día para no llamar la atención de los cliente. Nelly, su colaboradora, debía decir que estaba haciendo las compras para el siguiente día. Cuando Carlos llegó a visitarla se puso furioso al ver las condiciones físicas en que se encontraba. Salió decidido a hacer el reclamo pero ella lo detuvo diciéndole que no valía la pena porque no volvería a la casa. Ya más tranquilo, el alemán fue por el médico y entre ambos le curaron el rostro para que las marcas de la correa pasaran pronto.

Tres días más tarde Elena despachaba a sus clientes como si nada hubiera sucedido. No sabía qué había pasado en su casa desde que abandonara a su familia. Pero la orgullosa Celina y sus hijas no estaban dispuestas a perder la ayuda económica de Elena. Decidieron pedirle perdón para que regresara al hogar y de esta forma siguiera manteniéndolos.

Cuando la joven los vio en La Tienda frunció el ceño sin modular palabra alguna. Los escuchaba en silencio, pero al ver sus caras de tristeza, casi da su brazo a torcer. Su voz sonó con gran firmeza al decirles que jamás regresaría. Cuando comenzaron los insultos hacia ella se dio cuenta que el arrepentimiento era muy poco. En ese momento tomó la decisión de casarse con el alemán. Esperaría a cumplir su mayoría de edad para que el sacerdote les diera la bendición.

Sus hermanas decían a la madre que pensara en la forma de quitarle la tienda porque era menor de edad y ella, como su mamá, tendría que declararla incompetente para manejar un negocio que cada día mejoraba económicamente, gracias a los desvelos de la jovencita.

La madre de Elena consiguió un abogado que no dudó en ayudarla. Pocos días después Elena se encontró sin hogar y sin negocio.

El alemán decidió llevársela con él. El Sacerdote al enterarse dijo que no habría problema alguno para celebrar el matrimonio. Fue así como Elena y Carlos se casaron tres días más tarde.

Elena aún no cumplía sus 17 años y el alemán tenía 35. Hacían una hermosa pareja. El tan alto, delgado, color muy blanco, sus ojos azules y su cabello dorado contrastaban fuertemente con la piel morena de su esposa, aunque al nacer fuera blanca. Tanto trabajo y sol le habían opacado su color. Era muy delgada. Ya no quedaba nada de la niña obesa despreciada por su familia.

Carlos decidió llevársela a viajar por toda Europa porque se lo merecía. La vida de su esposa, no obstante sus escasos 17 años, fue trabajo y sacrificios por una familia que no la quería. Ahora, siendo su esposa, jamás volverían a hacerle ningún daño.

Elena pidió a su esposo que camino al aeropuerto se desviarán un poco para ver, aunque fuera de lejos, el que antes era su pequeño negocio. Con gran sorpresa lo vieron cerrado. Al preguntarle a los vecinos, éstos le contaban a la niña que entre toda su familia habían terminado con la tienda, la casa la vendieron bastante barata.

Elena les contó que ahora era la señora del alemán y se iban de viaje. Ellos la felicitaron porque realmente la apreciaban, deseándole muchos éxitos en su nueva vida.

Sus vecinos le decían que debía olvidarse de su familia. No la merecían. Que sufrieran y aprendieran el valor del trabajo. Eran demasiados y no sentían vergüenza de que una niña los mantuviera.

En el barrio nadie los quería porque todos los habitantes conocían el martirio de Elena y los abusos que cometía su familia con ella.

No era normal que existiera una persona tan buena como Elena. Jamás se quejaba. Todo lo ofrecía al Señor. Se ganó el cariño de aquellas gentes sencillas, que con lágrimas en sus ojos, la despedían emocionados. El médico de Río Claro, que estaba muy enamorado de Elena, la

despidió deseándole mucha felicidad, porque se la merecía.

Los esposos Brunet se marcharon rumbo al aeropuerto José Villegas. Elena admiraba el paisaje ya que jamás había salido porque su madre no lo permitía.

Carlos le prometió que al regresar de Europa, le buscaría un colegio para que terminara su bachillerato, después estudiaría la profesión que más le gustara. Ella estaba feliz.

La vida le había cambiado. Ahora tenía un esposo que velaría por ella y la esperanza de ser profesional. Quería estudiar magisterio para enseñar a muchos niños el camino correcto hacia la verdadera luz de la vida: Cristo. Mientras Elena y Carlos viajaban, la familia de la joven se dedicó a hacer pequeñas fiestas entre ellos, ya que no tenían amigos. En muy pocos días gastaron el poco dinero conseguido con la venta del negocio y la casa de Elena.

No tenían un solo peso. Pensaban cómo iban a subsistir. Buscaremos a Elena, aún es menor de edad y debe obedecernos. Pero cuando les contaron el matrimonio y viaje a Europa se pusieron furiosas pero ya nada podían hacer. Decidieron vender la casa y marcharse hacia un barrio más económico como es Metro Oriental. Por obligación, las tres mayores, Luisa, Piedad y Cristina, se dedicaron a hacer empanadas para vender, mientras su madre, cuidaba de sus tres pequeños nietos. Se terminó el orgullo de la imponente Celina Contreras, quien se lamentaba por su comportamiento con Elena. Era demasiado tarde para cambiar. Tenían que hacerle frente a la vida si no querían morir de hambre. Los remordimientos la acosaban a tal punto que lloraba en las noches suplicando mentalmente que Elena volviera para pedirle perdón.

CAPÍTULO DOS

LUISA, PIEDAD, CRISTINA Y LINA

Luisa, la mayor de todas, era una mujer muy bonita, con cuerpo esbelto, morena, de cabello largo y negro lo mismo que sus ojos. Álvaro, su esposo, era un abogado sin éxito, sus padres eran muy pobres, por eso se había casado con ella pensando en el dinero de su suegro. ¡Pero qué mal le había ido porque a los dos meses de matrimonio ya el señor Guzmán no tenía un solo peso! Por eso le dijo a su esposa que debía regresar al lado de sus padres, mientras él conseguía algunos negocios para levantar el hogar, pero en vez de hacerlo, se fue a vivir con su nueva familia, allí al menos había alguien que trabajaba para todos, mientras que en casa de sus padres nadie lo hacía. Vivían con el escaso salario de su papá.

Cuando se casó con Luisa invirtió todos sus ahorros en alquilar una casa amoblándola elegantemente. Pensaba que su suegro daría a cada hija cierta cantidad de dinero como aporte al matrimonio, pero al ver que no era así, echó a su esposa embarazada de la casa, después de vender y liquidar su pequeño bufete se fue a vivir con su suegra y cuñadas. Se dedicó al licor derrochando lo poco que había conseguido con la venta de los inmuebles.

Después de la partida de Elena y el traslado de su familia al barrio Metro Oriental la vida se les hizo muy dura. Vivían en una pequeña casa comprada con la venta de la que tenían en Río Claro, Escasamente cabían debiendo acomodarse las tres casadas con sus respectivos maridos y bebés en una sola habitación. Estaban desesperados, cuando no era un bebé el que lloraba era el otro.

Las tres menores que antecedían a Elena dormían en otra habitación. Celina, dormía sola en el cuarto del servicio.

María, Isabel y Carlota, las que trabajaban en el banco, vivían aparte en sus respectivos hogares con sus maridos. Su posición económica era mejor que la del resto de la familia.

Ahora eran Luisa, Piedad y Cristina las que trabajaban fuertemente haciendo los comestibles que hacía Elena. No les iba tan bien económicamente, pero recogían el dinero suficiente para subsistir.

A cada día, en el hogar Guzmán Contreras se recordaba a la pequeña Elena, que con su ejemplo, les estaba cambiando su forma de pensar. Ya no pensaban en lo que perdieron, sino en el duro trabajo que hizo su hermanita menor para mantenerlos por tanto tiempo sin la ayuda de nadie. Ahora eran tres las que trabajaban, pero ella lo hizo sola.

Luisa, Piedad y Cristina, lo mismo que Celina, estaban arrepentidas por su comportamiento, pero era demasiado tarde para pedir perdón a la pequeña. Sabían de su matrimonio y lo lejos que estaba de ellas.

A cada rato se decían que la felicidad que ahora tenía, se la merecía ciento por ciento, dándole gracias a Dios porque con el ejemplo de Elena supieron que la vida no es tan superficial como eran ellas.

Trabajaban muy duro. Se levantaban a las 3 de la mañana para hacer los oficios de la casa y después sus comestibles, los cuales, horas más tarde, vendían en las tiendas. Al principio casi nadie les compraba porque las empanadas no eran de buen sabor, pero poco a poco se fueron perfeccionando, aumentando su pequeña clientela.

Luisa, Piedad y Cristina comenzaron a ir a la santa misa los domingos, lo mismo que su madre, que nada decía, pero se le veía el arrepentimiento por los malos tratos dados a la menor, pero la más noble de sus hijas.

Álvaro, Gilberto y Guillermo, sus esposos, consiguieron trabajo. El primero en una empresa como jefe de personal, el segundo vendiendo propiedad raíz y el tercero como profesor. Si bien los sueldos no eran muy altos iban progresando, ya que estos tres hombres también se sentían culpables. Se alejaron de los vicios decidiendo sacar adelante la familia, no solo en el aspecto económico sino también moral. Ellos también sintieron en su corazón el llamado hacia la Verdadera Luz del Mundo: Cristo.

Fue así como a los 6 meses de vivir en el barrio Metro Oriental pudieron comprar una casa más amplia que la anterior.

El trabajo las tenía agotadas, pero se decían que lo merecían por su maldad. Se sentían felices porque gracias al sacrificio de Elena pudieron conocer otros valores en la vida, los cuales las encaminaban HACIA LA LUZ DE CRISTO, como ellas decían.

Aprendieron a mirar al humilde con más amor. Nunca negaban un plato de comida al limosnero que tocaba a las puertas de esa casa.

Las tres mayores aprendieron a ser felices en su nueva vida. Ya no se quejaban. Se les veía el interés por salir adelante. El sueldo de los maridos les ayudaba mucho. Decidieron hacer un pequeño ahorro familiar para algún caso de enfermedad. Además, las tres menores que quedaban en la casa estudiaban y requerían de mucho dinero.

Lina terminaría su bachillerato aquel año y pensaban hacerle una pequeña fiesta.

Pero como era tan mal estudiante no estaban seguras si terminaría su secundaria o tendría que repetir ese año. Ya había hecho tres veces quinto de bachillerato. Pasaba de colegio en colegio porque no recibían repitentes. Era muy alocada. Además, Esteban, el novio que se consiguió, no le ayudaba en nada al estudio. Salía con él a todo momento. Era ella la que lo invitaba

pagando con el dinero que robaba a sus hermanas sin que ellas se dieran cuenta.

Lina vivía como una millonaria, aunque su familia no se daba cuenta, pero los vecinos sí se extrañaban sobre la cantidad de dinero que manejaba esta niña.

Luisa estaba muy preocupada porque el dinero desaparecía cada vez con más frecuencia. Ni se imaginaban que era su propia hermana quien les robaba. Siempre echaban la culpa de ello al empleado de turno a quien despedían por ladrón, hasta que Gustavo, el último ayudante las acusó ante la oficina de trabajo y tuvieron que pagarle gran cantidad de dinero.

Gustavo les decía que la ladrona era Lina, pero ellas indignadas no le hacían caso. Lina era una niña muy hermosa. A sus 20 años brillaba. Con su simpatía atraía a las demás personas. Decidieron poner una trampa para acabar de una vez por todas con la situación. Como ya no tenían un empleado que les ayudara, era más fácil saber quien se llevaba buena parte de las ganancias. Colocaron varios billetes de \$ 20.000,00 en la repisa que había en la cocina sin descuidarlos en ningún momento. Mientras trabajaban en el patio haciendo sus comestibles en un fogón de leña, tenían los ojos puestos en el dinero. De pronto aparece Lina, ellas dejaron de mirar hacia allí. La jovencita pensando en lo ocupadas que estaban sus hermanas, con disimulo tomó el dinero, entonces las tres mayores le cayeron de una acusándola de ladrona quitándole los billetes.

Lina ni se inmutó porque la sorprendieron robando, simplemente dijo que en el colegio le daba mucha hambre y salió de la cocina como si nada hubiera sucedido. Sus hermanas decidieron castigarla, por eso al día siguiente, en vez de darle dinero para comprar el almuerzo, le empacaron una lonchera con frijoles y arroz. Ella se puso furiosa diciendo que jamás llevaría tal comida porque se burlarían de ella. Llamando a Esteban, se fue de rumba una vez más sin importarle que fuera un día de semana y debía estudiar.

Eran las 11 de la noche y Lina no regresaba. Celina, Luisa, Piedad y Cristina la buscaron en los hospitales, permanencias, en la morgue, pero de la joven no se sabía nada.

Celina lloraba pensando en que algo malo le había sucedido a su hija, pero las mayores la consolaban diciéndole que seguramente se había ido de parranda con Esteban, pero cuando lo llamaron, éste les dijo que no había salido con ella ese día. Aumentó la confusión en el hogar Guzmán Contreras. La buscaron por más de cuatro días sin hallarla. Al colegio no volvió. La lloraron por muerta, continuando con sus labores cotidianas.

Cuatro meses más tarde salió Luisa a comprar los materiales para hacer los comestibles del día siguiente, cuando de pronto ve en el parque a una mujer sentada en una banca, con la cabeza entre las manos y con un estómago muy grande, sintió curiosidad por ver quien era. ¡Qué susto se llevó cuando vio a su hermana embarazada!

No lo podía creer. Lina le pidió que hablara con la mamá, para que la recibieran de nuevo en la casa, haría los oficios que ellas quisieran.

Ante los ruegos de Luisa, Celina accedió a recibirla, pero le aclaró que más adelante se arrepentiría de hacerlo.

Luisa fue en busca de su hermanita, la llevó al hogar alojándola en la última habitación para que los vecinos que iban a comprar empanadas no la vieran embarazada. Celina no le hablaba, la despreciaba. Siempre le ponía de ejemplo a Elena. Lina nada decía. Cuando su madre volteaba, reía diciendo que jamás sería como esa imbécil que se sacrificó por ellos. Se cansaron de preguntarle quien era el padre de la criatura que esperaba, pero cada día daba un nombre diferente, por eso jamás volvieron a hacerlo. Para el bebé que esperaba no le compraron ropita, le dieron los trajes sobrantes de los hijos de Luisa, Piedad y Cristina, lo cual hacía que el odio de Lina por su familia aumentara. Como tenía buena salud le encargaron que todos los días tendría

que hacer el desayuno, almuerzo y comida ya que no podían darse el lujo de tener una persona sentada sin producir.

Luisa quería mucho a Lina. Siempre le ayudaba económicamente prometiéndole que a su hijito nada le faltaría, pero la ingrata joven, llena de odios y rencores, le contestaba groseramente.

Luisa, Piedad y Cristina, las tres mayores, habían tomado las riendas del hogar. Se habían vuelto muy juiciosas. Ayudadas por sus esposos, decidieron que ya era hora de progresar un poco más en el campo económico. Fue así como compraron todos los electrodomésticos que no tenían, como equipo de sonido, licuadora, estufa nueva, etc. Cambiaron el piso a la casa, se hicieron cortinas nuevas. A cada una de las casadas se les dio una habitación aparte. Ya se veía más claridad monetaria en el hogar. ¡Pero qué duro les estaba saliendo todo esto! Mucho esfuerzo y trabajo, se decían. Nuevamente, aunque no las escuchara, pedían perdón a Elena. Tal vez algún día regresara al país, ya que desde su matrimonio vivía en Alemania rodeada de lujos. Tenía un marido maravilloso que la amaba. Así lo pensaban porque jamás volvieron a tener noticias de la pequeña. Si hubieran investigado un poco, se habrían dado cuenta que Elena y su esposo seguían paso a paso la transformación de todas estas mujeres. Aprendieron a tener paz en sus almas y sus corazones. En el hogar Guzmán Contreras, lo que nunca hicieron antes, lo hacían ahora: Todas las noches después de la comida rezaban el santo rosario. Lina, Marcela y Juliana lo hacían de mala gana. Ya llegará el día cuando comprendan que la vida está llena de hermosos y pequeños detalles y que el estar junto a Dios es la mayor felicidad.

Al fin llegó el día del parto de Lina. No dijo nada. Sola salió de la casa a la Unidad de Urgencias donde se había inscrito para tener a su hijo. Como no avisó a nadie, al no aparecer pensaron que había escapado de nuevo por eso no se preocuparon por ella, pero al siguiente día cuando apareció con un bebé en brazos todas corrieron hacia ella, quien, aún de pie, toma a su bebé diciéndole a Luisa:

- Tómallo es tuyo, no lo quiero, luego se alejó de allí, empacó su ropa y sin decir nada desapareció de nuevo dejando a su familia sumida en la tristeza.

Pensaron que con la llegada de su hijo cambiaría pero no fue así. El recién nacido no tenía la culpa de los errores cometidos por su madre. Luisa lo recibió con agrado bautizándolo con el nombre de Juan. Ahora tenía a su hija Isabel y a su hijo Juan. Lo criaría como propio dándole todo el amor del mundo, encaminándolo hacia La Luz de Cristo, de esta forma crecería siendo una buena persona, lejos de los errores de su madre.

Cierto día Martha, una vecina muy querida por las mujeres de la casa, les dice que había visto a Lina en una cafetería de un barrio muy pobre llamado El Rinconal, muy drogada y con mucho alcohol encima. Luisa dijo que iría, ella era su hermana, quería rescatarla y conducirla por la nueva luz que llenaba su alma: CRISTO.

Fue con Martha al sitio indicado por ésta. Efectivamente, allí estaba su hermanita rodeada de varios hombres bebiendo licor a las 7 de la mañana.

Ahora, ¿cómo iba a convencerla de regresar al hogar? Veía con gran tristeza cómo su bella hermanita se drogaba con esos tipos a la vez que consumía grandes cantidades de alcohol.

En esas condiciones no podría hablar con ella. Regresó a la casa pensando en la manera de acercarse a la joven. Álvaro, su esposo, le dijo que contratara un detective para investigar dónde se alojaba y así lo hicieron. Cierta día, en las horas de la tarde, llega a la cafetería una señora joven, muy pasada de kilos, blanca, de cabello corto, quien después de comprar cigarrillos y mirar a Lina con lástima se marchó.

Así pasaron varios días hasta que cierta noche, su hermana Vicky, otra alcohólica llegó a dormir acompañada por Lina. Ambas estaban bebidas. Eliana y su madre se miraron mas nada

dijeron. Durmieron todo el día. Horas más tarde, después de escuchar la triste historia de Lina, quien les dijo cómo la habían echado de su casa, que era huérfana, además sus hermanas le habían robado la herencia de su padre, así mismo le habían quitado a su hijito, no tenía donde ir, por eso bebía y se drogaba, pero estaba dispuesta a manejarse muy bien.

Eliana le dijo que siempre tendría un sitio con ellas. Podría continuar bebiendo licor pero la droga tenía que dejarla. Ella así lo prometió. Comenzó una nueva vida para Lina al lado de una familia y una pobreza mucho más aterradora que la vivida en su hogar.

Efectivamente Lina tenía un comportamiento perfecto. Ayudaba en los quehaceres domésticos ganándose el aprecio de Eliana y su madre Josefina.

En aquella casita, donde ni siquiera llegaban los carros ya que no había carretera, tenían que entrar a pie por un camino lleno de piedras. El piso de la vivienda era de tierra. Las habitaciones no tenían puertas, lo mismo que el baño, eran cubiertas por cortinas. La cocina era de cemento. Su construcción era tan vieja que ya presentaba rendijas por donde entraban las cucarachas lamiendo los escasos alimentos de aquella familia.

Pero Lina era feliz en este ambiente. Bebía mucho licor con Eliana y su mamá. Les preparaba los alimentos adquiriendo gran experiencia en la cocina. A veces bajaba a la cafetería acostándose con el primer chofer que llegaba, bien fuera en busca de desayuno o de comida. Seis meses más tarde anunció que estaba embarazada.

Eliana y su madre le dieron todo el apoyo necesario para ella y su hijo. Cuando Lina completó su sexto mes de embarazo desapareció de aquella casa sin dejar rastro, sin dar los agradecimientos por todo lo que habían hecho por ella.

Cierto día sonó el timbre en el hogar Guzmán Contreras. Celina abrió sin creer lo que veía. Era

Lina y nuevamente estaba embarazada. Comenzó a gritarla. Sus demás hijas corrieron ante tal escándalo. Al enterarse de la noticia, la calmaron permitiéndole la entrada a la oveja negra de la familia, que con llanto en los ojos les prometió, una vez más que se manejaría muy bien.

Lina estaba feliz en su habitación. Ahora, en aquel hogar, había muchas comodidades. No se iría de nuevo. Estaba cansada de tanto trajinar. Estaba fatigada por tanto vicio. Daría otro rumbo a su vida. No quería sufrir más por gusto propio mientras su madre y hermanas salían adelante. Se prometió así misma que ayudaría mucho en los oficios de la casa, además, cuando su segundo hijo naciera continuaría sus estudios. Si sus hermanas habían salido adelante: ¿Por qué ella no iba a hacerlo? Se sentía protegida en aquellas cuatro paredes al lado de su familia. Veía con gran ternura a su hijito Juan, ya tenía como un año. Lloraba de emoción pero también de tristeza cuando el niño decía a Luisa mamá. Era su culpa pero no podía hacer nada. No le dañaría la vida al menor. Era mejor que creciera como si realmente fuera el hijo de Luisa.

Lina estaba muy cambiada. Ya no era grosera. Ayudaba a sus hermanas con mucha alegría. Por las noches rezaba el santo rosario con mucha devoción. Lina cambió su forma de vida. Ya no tenía ningún tipo de vicio. Siempre pedía perdón a su madre y hermanas por hacerlas sufrir, hasta que ellas se convencieron que realmente se había transformado. Llegó el día cuando Lina tuvo su segundo parto, naciendo una hermosa niña a quien bautizó con el nombre de Elena en recuerdo de su hermanita menor. Celina, agradecida, por primera vez le dio un beso, lo cual emocionó tanto a Lina que se puso a llorar. Otra oveja descarriada vuelve sus ojos Hacia La Luz más maravillosa que hay en el universo: CRISTO JESÚS.

La nueva vida de Lina la hizo ver más hermosa, más seria, más mujer. Luisa le devolvió al niño enseñándole quien era su verdadera madre.

CAPÍTULO TRES

JULIANA

Todo era paz y tranquilidad en el hogar Guzmán Contreras. Estaban alegres porque en sus corazones existía la Luz que ilumina al mundo: CRISTO. ¡Si la pequeña Elena volviera su dicha sería completa!

Marcela y Juliana, las dos que antecedían a Elena, eran muy juiciosas. Habían terminado el bachillerato y estudiaban en la Universidad, la una Derecho y la otra Bacteriología. Eran conscientes del gran sacrificio que hacían sus hermanas mayores para sostenerlas.

Cuando terminaran sus estudios, todo su sueldo lo invertirían en el hogar para compensar tanto sacrificio.

Cierto día en el cual estaba la familia reunida en el comedor dando gracias a Dios porque ya sus vidas eran diferentes, Juliana, la novena de las hijas sufrió un desmayo. Se asustaron mucho porque pensaron que estaba embarazada. Cuando volvió en sí le preguntaron pero ésta lo negó diciendo que aún era virgen. La llevaron la médico y éste solo dijo que era simple cansancio por tanto estudio.

Pero a los 8 días se volvió a desmayar, entonces Juliana dijo al médico que lo único raro que tenía era un bola en su seno derecho que cada día le estaba creciendo y le dolía bastante. El médico frunció el ceño diciéndole que era urgente que se hiciera la citología y una mamografía.

Dos días más tarde, Juliana y su madre se encontraban de nuevo en el consultorio del médico llevando los resultados de los exámenes. Se pusieron de todos los colores cuando el galeno dijo

que la joven padecía de carcinoma intra ductil en el seno remitiéndola al Oncólogo, especialista en los diferentes tipos de cáncer.

La familia estaba muy preocupada. Decían a Juliana que debía dejar la universidad para que se cuidara, pero ella se negaba. De su hermanita Elena había aprendido la tenacidad para luchar contra las adversidades. Continuaría con sus estudios.

En la cita con el Oncólogo, Juliana supo que debía hacerse cuatro sesiones de quimioterapia, que debía ser operada, le extirparían el seno enfermo, después de la cirugía le harían más quimioterapia por si alguna célula infectada quedaba en su hermoso cuerpo y por último, le harían la reconstrucción del seno. Ella, con entereza y voluntad, aceptó todo lo que dijo el médico. Pensaba que gracias a Dios estaba con vida y que el Corazón de Jesús la aliviaría.

El ayudante que tenían Luisa, Piedad y Cristina se llamaba Ricardo. Pero lo que estas jóvenes luchadoras no se alcanzaban a imaginar es que éste fue contratado por Carlos y su hermanita Elena para que los mantuvieran informados sobre todo lo que sucedía en aquella casa. Cuando ésta supo la enfermedad de Juliana quiso ir de inmediato, pero su esposo se lo prohibió. Aún no habían cambiado totalmente, porque María, Isabel y Carlota, aunque eran casadas y vivían aparte, aún continuaban con el orgullo de antes tratando mal a su mamá y hermanas por trabajar tan duro. Eran descaradas porque todos los domingos se iban con sus hijos para la casa de su madre, acomodándose a ver televisión o escuchar música, mientras su mamá o alguna de sus hermanas les hacían el desayuno, el almuerzo y la comida. Económicamente no ayudaban a su familia, ya que debían atender sus propios hogares, hasta que un día, Lina que había aprendido una gran lección en la vida, les dijo que fueran únicamente de visita en semana después del almuerzo. Ellas enfurecidas se alejaron para no volver.

Elena entendió muy bien en mensaje de Carlos quedándose tranquila. Siempre las llevaba en su mente y sus pensamientos, sobre todo a Juliana con su cáncer.

Cuando Carlos salió para la oficina, Elena se sentó a llorar. Sabía que él tenía toda la razón, más sin embargo ya habían pasado como tres años y ella deseaba tanto abrazar a su madre y hermanas; cuando se marchó no pudo hacerlo, pero ahora que habían cambiado tanto sería maravilloso el re encuentro.

Elena recordaba todos los momentos que sufrió al lado de su familia hasta el día en que se marchó sin volver atrás. No sentía rencor.

Estaba agradecida con El Señor por todo lo que tenía, pero sobretodo, por el cambio de su familia. Muy pronto les daría la herencia dejada por su padre, pero Carlos tenía razón porque María, Isabel y Carlota debían cambiar primero antes de recibir el dinero.

Después de su matrimonio, Elena y su esposo salieron para Alemania en viaje de bodas. ¡Qué país tan hermoso! Como la joven nunca había viajado todo lo admiraba y Carlos se sentía feliz observándola. Sus padres y sus dos hermanos vivían en Krefeld, la ciudad de la confección de tejidos y construcción de maquinaria textil.

En Alemania, el 90% de las corbatas se producen en Krefeld. Hoy en día esta ciudad se sigue llamando “la ciudad de seda y terciopelo” ya que la producción de seda tiene una larga tradición.

Antes de casarse le informó a su familia sobre su matrimonio. Ellos se pusieron muy contentos porque él ya no estaría solo en un país extraño. Ahora tenía a su esposa conformando su propia familia.

Cuando descendieron del avión los vieron a todos esperándolos. La alegría del re encuentro fue emocionante ya que hacía cinco años que Carlos no veía a sus padres Karl y Ria y hermanos: Friedrich y Thomas. Con mucha simpatía la acogieron como un miembro más de aquella familia. La llevaron a cenar al restaurante más caro y elegante de la ciudad.

Rápidamente, en alemán, Carlos contó a su familia la triste historia de Elena, quienes la abrazaban con más cariño y amor sin ella entender el por qué.

Carlos llevó a su esposa a varios almacenes donde le compró grandes cantidades de ropa, zapatos y todo lo que necesitaba para lucir hermosa. Luego la llevó a una peluquería conocida dejándola allí para que la atendieran con toda la calma y paciencia del mundo. Cuando regresó por ella, tres horas más tarde, no lo podía creer. Su esposa estaba hermosísima con el corte de cabello que le hicieron y uno de los vestidos nuevos. Más enamorado que antes, se la llevó a almorzar explicándole la comida típica de su país. Al siguiente día la llevó a visitar, en compañía de sus padres y hermanos, diferentes fábricas textiles, tales como la casa ZSK STICKMASCHINEN GmbH donde fabrican máquinas bordadoras. Todo se lo explicaba con gran paciencia.

Ocho días más tarde se fue toda la familia de vacaciones de verano a una hermosa casita de campo que tenían cerca de la ciudad.

Así pasaron tres maravillosos meses en Alemania, durante los cuales Elena aprendió a ser culta y elegante. No decía nada a Carlos, pero estaba ansiosa por regresar y saber qué había pasado con su familia.

El día del regreso a su país, iba muy, pero muy feliz. Ahora estaría en su propio hogar con un hombre maravilloso que la quería de verdad. Ya no tendría que preocuparse por el sustento, porque el Señor Dios le dio el mejor de los esposos que lucharía por ella. Aunque era mucho mayor no le importaba. Mejor, se decía, así me siento más segura.

Cuando llegaron a su hogar, las dos empleadas que dejara Carlos, habían cumplido con su deber a entera cabalidad porque la casa brillaba. La comida olía delicioso. Después de presentarla como su esposa y señora se retiraron a su habitación.

Carlos le decía que podía ocupar su tiempo en lo que quisiera, por atender la casa no debía preocuparse ya que para eso estaban las empleadas, entonces Elena le dijo que le gustaría pertenecer a instituciones benéficas y hacer mucha labor caritativa con los pobres en agradecimiento a JESUCRISTO por haberla ayudado tanto. Él, envolviéndola en sus brazos, le dijo que podía pertenecer a La Sociedad de San Vicente de Paúl o Jesús de la Buena Esperanza, donde daban casita, mercado y medicina a los más desprotegidos de la suerte.

Elena lo abrazaba feliz, pero al recordar a su familia se puso a llorar. Él le dijo que no se preocupara, porque antes de salir de viaje había dejado instrucciones de seguir todos los pasos de su mamá y hermanas. Si se veían en muy malas condiciones económicas, ya buscarían la manera de ayudarlas sin que se dieran cuenta, pero tenían que esperar a que aprendieran a sobrevivir y a trabajar duro para ganarse el pan, pero sobretodo a ser humildes, caritativas y a tratar muy bien a los más pobres que ellas, ya que el orgullo las dominaba. Cuando esto sucediera él mismo les compraría una casa bien grande y bonita para que vivieran felices con todas las comodidades, pero primero, tendrían que ir hacia la Luz de Cristo y aprender, con todo el corazón, que la verdadera felicidad es Él.

Elena, dejando a un lado sus recuerdos se marchó a cumplir con sus obras de caridad, pero pensaba mucho en Juliana. ¿Cómo estaría reaccionando a la quimioterapia? Carlos le compró muchos libros de medicina para que aprendiera sobre el cáncer de seno. Hacía 15 días que Juliana había recibido la primera sesión de quimioterapia. Aunque estaba muy enferma continuaba asistiendo a clases, donde los profesores y alumnos la cuidaban ayudándola en sus labores estudiantiles.

Vomitaba con mucha frecuencia, sentía náuseas, no quería comer no obstante los ruegos de su madre y hermanas. Cada día estaba más delgada. El cabello comenzó a caerse y Juliana sentía ganas de llorar, estaba irritable, tenía llagas en la boca. Días después pensaba que los demás no tenían la culpa de su enfermedad. Todos sus dolores y padecimientos los ofrecía al

Señor Dios con gran paciencia. No tenía por qué desquitarse con los demás. De nuevo era la niña humilde y sencilla que había aprendido a ser gracias al ejemplo de Elena, a quien Dios la puso en su camino, como decía ella, para que le enseñara cuál era la Verdadera Luz del mundo. En la universidad la admiraban por su valentía. Aunque sin fuerzas estudiaba con ganas. No le importaba salir con su cabeza pelada y llegar temprano a clase como lo hacía siempre. El Decano y los profesores de la facultad decidieron pagar todos los gastos médicos de Juliana porque eran demasiado altos. La sola sesión de quimioterapia costaba como \$1.000.000,00. Sabían muy bien que la familia de ella no los tenía. Fuera de los controles médicos, la droga que tomaba, la cirugía y después la reconstrucción del seno, eran gastos que no estaban al alcance de la familia Guzmán Contreras. Todo el tratamiento se hacía en la Facultad de Medicina. Esto era un alivio para su mamá y hermanas ya que no dormían por tanto trabajo, no solo para sostener la casa, sino también para conseguir el dinero con que llevarla al médico. Cuando regresaba de la universidad, por más indispuesta que se sintiera ayudaba en la cocina, o bien en la casa. Después de comer algo se encerraba a estudiar hasta altas horas de la noche.

Juliana llevaba tres meses con la enfermedad. Su esbelto cuerpo se volvió muy delgado, llegó a pesar únicamente 40 kilos, lo cual alarmaba a todas las personas que la rodeaban. Celina aumentó sus horas de trabajo en el hogar. Hacía deliciosos dulces que vendía rápidamente en el mercado. El dinero lo destinaba para que su hija enferma se desplazara en carro particular, bien fuera para ir a la universidad o regresar a casa. Juliana prefería el autobús, pero sabía el gran esfuerzo de su madre por lo tanto aceptaba el dinero en silencio.

En el hogar solo quedaban: Luisa, Piedad y Cristina, las tres mayores con sus respectivas familias. Lina y sus hijos. Marcela, Juliana y su madre. Estas mujeres eran muy unidas. Vivían en una paz realmente maravillosa. Se colaboraban en todo. Además, el sueldo de los tres varones les ayudaba muchísimo. Se convirtieron en hombres muy responsables. Ya habían ascendido en el trabajo.

Aunque las tres mayores ya tenían estabilidad económica en sus esposos, no querían abandonar a su madre y hermanas menores. Cuando terminaran sus estudios seguramente cada una conseguiría su propia casita muy cerca de ellas para seguirlas ayudando.

Ahora, con la enfermedad de Juliana, mucho menos que se irían. La veían tan mal que no creían que sobreviviera, pero ésta seguía en pie.

Faltaban pocos días para la cirugía, Juliana ya no tenía fuerzas, casi no se levantaba, ni iba a la universidad, pidió permiso porque la quimioterapia la tenía agotada. En premio por soportar valientemente dicha enfermedad le aplazaron los exámenes para finalizar el semestre.

Celina y sus demás hijas lloraban viéndola. Inspiraba tristeza ver ese cuerpo, en otros tiempos tan hermoso, ahora enflaquecido por la enfermedad. La serenidad con que Juliana soportaba su enfermedad los tenía admirados, pero ella solo decía que su hermanita Elena le enseñó a tener fe en Dios Nuestro Señor, y que si Él se la llevaba era porque así debía ser. Era hora de partir a su lado, no sentía miedo. Se veía muy tranquila. Juliana fue internada en el Hospital San Vicente de Paúl, en la sección de caridad donde la prepararían para la cirugía al día siguiente. No permitieron que ningún miembro de su familia se quedara con ella.

El día de la cirugía madre y hermanas se levantaron muy temprano, a eso de las 5 a.m., ya que la operación era a las 8 de la mañana. Esa noche no durmieron. Sentadas a la mesa que tenían en la cocina tomaban café sin modular palabra alguna, cuando de pronto suena el teléfono. Era de la clínica para decirles que la joven había muerto hacía escasa media hora.

Se quedaron mudas por el dolor. No pronunciaban palabra alguna. En silencio se fueron a la clínica a reclamar el cadáver para darle cristiana sepultura. Ya faltaban tres integrantes de la familia: El papá, Elena y Juliana. Celina y sus tres hijas mayores nada decían, pero presentían que las menores estaban pagando los errores cometidos por ellas.

Ricardo, una vez salió la familia para la clínica llamó a Elena y su esposo comunicándoles la noticia. La joven quería correr al lado de ellos, pero él no se lo permitió. Irían al velorio y el entierro pero no se dejarían reconocer. Por Juliana ya nada podían hacer.

Allí las observarían a todas. Verían si realmente habían cambiado su forma de ser y pensar. Además, María, Isabel y Carlota debían transformarse en personas humildes y sencillas antes de recibir algún dinero.

Cuando el cuerpo de Juliana fue entregado por la Funeraria San Marcos, consiguieron que el velatorio se hiciera en la Sala del mismo nombre.

Al verlas a todas reunidas, Elena y Carlos, que ocultaban su rostro con un pañuelo como si estuviesen resfriados para no llamar la atención, sintieron gran emoción, pero aún no era el momento de presentarse ante ellos. Como la joven estaba tan cambiada, era imposible relacionar a esta señora elegante con la niña humilde y sencilla que vendía empanadas para sostener a su numerosa familia. Solamente Ricardo los reconoció hablando con ellos en voz baja.

Había muchísima gente en la sala de velaciones ya que todos los compañeros de la universidad se encontraban allí llorando la pérdida de la valiente joven. A las cuatro de la tarde se llevaron los restos mortales de Juliana para el cementerio de Río Claro, quedando al lado de su padre. Su familia, sintiendo aún el dolor por esta nueva pérdida regresó a la casa en el más absoluto silencio. No decían nada, pero al llegar al hogar, una vez más rompieron en llanto, sobretodo Lina, que se prometió así misma ser una mujer ejemplar, no solo como hija, sino también como madre.

Después del entierro, Elena y Carlos se fueron de aquel sitio prometiéndole a la muerta volver muy pronto.

María, Isabel y Carlota, las tres hijas ausentes que trabajaban en el banco, muy elegantes fueron al velorio de su hermanita. Aún se les veía el orgullo porque vivían mejor que su madre y hermanas. Carlos dijo a Elena que aún no era el momento de entregarles la herencia.

La más triste de todas estas hermosas damas era Marcela. Se fue su camarada, su amiga del alma y de la infancia. Era su hermana pero la veía, como su única y verdadera compañera.

CAPÍTULO CUARTO

MARCELA

Después del entierro de Juliana, Marcela, que nunca en su vida había bebido un solo trago de licor, se tomó dos botellas de vino que tenía su mamá para ocasiones especiales luego se acostó sin levantarse en una semana.

El resto de la familia continuó su vida cotidiana, aunque muy tristes por la muerte de Juliana, sabían que la vida no se detenía, por eso al siguiente día madrugaron a hacer sus comestibles para la venta.

Elena estaba muy triste. Ya faltaban su papá y Juliana. Aunque quería correr al lado de ellas porque sabía que su mamá y la mayoría de sus hermanas habían cambiado para bien, enfocando su vida Hacia La Luz de Cristo, dejando atrás la vida de orgullo, derroche, humillación y desdén por el más humilde, aún faltaban tres de ellas que continuaban tan orgullosas como siempre.

María, Isabel y Carlota, fueron al velorio de su hermana, pero parecía como si no les importara porque charlaban animadamente con las personas que iban a darle la despedida a Juliana. Ellas debían mostrar verdadero arrepentimiento antes de entregarles la herencia, por tal motivo, Elena hacía caso a su esposo en todo. Sabía que él tenía toda la razón.

Además, Elena no quería contrariarlo. Era feliz con él. Más ahora que esperaba su primer hijo. Quería que fuera un niño para ponerle el nombre de JESUS en agradecimiento a nuestro Amado Dios por darle la felicidad que ahora tenía. Por su mamá estaba tranquila, ahora tenía más bienestar económico. No con los millones de antes, pero tenía todas las comodidades que una familia de clase media puede tener. No le faltaba nada según los informes diarios de Ricardo.

Elena rogaba a Dios, que 8 meses después, cuando el nacimiento de su hijo estuviera cerca, le diera la felicidad de tener, no solo a la familia de Carlos con ellos, sino también a su propia familia, es decir su mamá y hermanas. Sabía que Dios Nuestro Señor siempre la escuchaba, sintiendo tanta felicidad que hasta ganas de llorar le daban, porque la emoción la embargaba cuando le hablaba al cuadro del Corazón de Jesús que tenía en su habitación.

Habían pasado más de 5 años desde que ella dejara el hogar paterno. Pensaba que ya era tiempo de unirlos a todos en la fe, la esperanza y la caridad de Cristo. Tenía que hacer algo para que María, Isabel y Carlota volvieran arrepentidas a pedir perdón. Hablaría con Ricardo para que le ayudara y de esta forma agilizar el encuentro.

Elena se había convertido en una mujer muy desenvuelta. Viajaba sola por todo el mundo cuando la ocasión así lo ameritaba, tal como tomar un avión e irse rumbo a París donde su esposo había viajado por asuntos de negocios, o bien, ir a Alemania a visitar a sus suegros y cuñados.

Carlos había pedido a Elena que viajara a Alemania para comprar el ajuar del bebé. Su madre la ayudaría en todo y ella, sumisa, amorosa y obediente, un mes después del entierro de Juliana se fue rumbo a la ciudad de Krefeld donde pasaría la mayor parte de su embarazo. Cuando tuviera 7 meses conseguiría los permisos especiales para volver a su país y dar a luz.

Marcela, una vez se levantó de su tremenda borrachera, se fue para su trabajo, ya que era Secretaria en una institución benéfica y por las noches iba a la universidad.

Marcela se prometió así misma no volver a tomarse un trago. Cuando su Jefe, la señora Leticia Correa le pedía que la acompañara, ella siempre se tomaba una gaseosa mientras ella, anciana con más 70 años tomaba ron vivo con hielo. La joven no entendía por qué tomaba, mas nada decía.

Ese día, cuando regresó a su trabajo, como siempre, la anciana le solicitó que la acompañara, pero esta vez, no sabía por qué, sintió un gran impulso tomando lo mismo que su jefe. Le gustó tanto el sabor de la bebida que pidió otra. El efecto que le hicieron los dos rones la tenía eufórica. No sentía tristeza, ni ganas de llorar. Reía con los chistes de la anciana.

Marcela, al principio comenzó a tomarse dos rones diarios y feliz se iba para la universidad donde reía con ganas. Se hizo muy amigüera de sus compañeros que al instante notaban que la joven estaba bebida, mas nada le decían contándole chistes graciosos para reírse de ella al ver el escándalo que hacía. Todo le parecía risa. En la clase charlaba. Se creía mejor que los profesores, que tristemente, veían como esta linda muchacha se estaba convirtiendo en una alcohólica.

Después de cierto tiempo, Marcela ya no tomaba dos rones diarios, sin 4 ó 5 embriagándose con mucha facilidad.

Cierto día llegó a su hogar completamente alcoholizada. Había visita: Marcos y Vicente, amigos de toda la vida, ella con la frescura y valentía que le daba el alcohol se quitó el sostén delante de ellos colocándolo en la mesita central.

Este sí fue el motivo que llenó la copa de su familia, que en silencio y con gran tristeza, veían cómo la joven se hundía cada día más y más en el licor, cuya disculpa era que se sentía muy sola por la muerte de Juliana.

Lina, después de la experiencia que tuvo se había convertido en una mujer ejemplar para todos. Trabajaba mucho más que sus tres hermanas mayores haciendo los comestibles. Bruscamente tomó a Marcela por un brazo llevándola a su habitación, allí le hablaba del respeto a la familia. Ya habían sufrido suficiente para que ella siguiera amargándoles la vida. Marcela haciendo caso

omiso de sus palabras, le decía que ella era la menos indicada para hacerle reclamo alguno. En ese momento llegaba su madre diciéndole que estaba de acuerdo con Lina y si no le gustaba podía irse de la casa.

Marcela, que tenía algunos ahorros, furiosa, empacó en una bolsa un poco de ropa marchándose a casa de Isabel, a quien exageró el problema. Su hermana la recibió sin mucho agrado, más por venganza hacia Lina, a quien detestaba porque le prohibió pasar los domingos en la casa materna. Por culpa de ella tenía que cocinar, cuidar dos niños, y en general hacer todos los oficios y no quería hacerlo porque se decía que un dominical no es para trabajar.

Isabel veía cómo su hermana llegaba embriagada todos los días, lo cual era un mal ejemplo para sus dos hijos entonces, además no quería tener una borracha en su casa. Para no ofenderla, le dijo que debía irse ya que la mamá de Ramiro, su esposo, los visitaría por unos cuantos días. Marcela le dijo que en el transcurso de la semana se iría y así fue. Encontró una residencia de señoritas donde vivir. Alquiló el mejor cuarto. Se instaló lejos de su familia comenzando una vida sin freno.

Carlos, el marido de Elena, pensaba que gracias a Dios su querida esposa estaba en Alemania porque de lo contrario sufriría muchísimo con esta nueva situación, lo cual afectaría al bebé que esperaba.

Marcela no volvió a la universidad. Antes de la muerte de Juliana era una estudiante excelente, pero después se volvió muy pretenciosa ganándose la enemistad de sus compañeros y profesores, a excepción de Andrés, el profesor de Derecho Laboral, que estaba enamorado de ella desde que comenzó la universidad, pero jamás se lo había dicho por temor a ser rechazado, porque era muy tímido, jamás había tenido novia. Era demasiado serio y estudioso. Tenía tan excelente posición económica que si Marcela lo hubiera sabido, aún sin amor lo hubiera aceptado, solo por salir de su casa, además era bien guapo. Su físico era muy atractivo, con sus 1,80 metros de estatura. Su piel morena. Su cuerpo atlético. Sus ojos verdes y su cabello

negro. Su boca fina donde se veían unos dientes blancos muy bien cuidados.

Al miércoles siguiente Marcela ocupó su habitación en la residencia. Muy amable la propietaria. Doña Nubia era muy atenta con ella. Le servía muy temprano el desayuno para que se fuera a trabajar, como jamás iba a almorzar, le rebajaron un poco el dinero de la mensualidad. Solo desayunaba y comía.

Marcela sabía que no podía dar escándalo en la residencia porque la echarían de inmediato. Como estaba tan alcoholizada, en el bolso llevaba la botellita y cuando todos se acostaban ella se la tomaba. Al día siguiente decía que tenía dolor de cabeza, entonces doña Nubia llamaba al trabajo para disculparla sin saber lo que sucedido la noche anterior en dicha habitación.

Marcela, en una de sus borracheras, quebró varios objetos en la residencia, entonces, doña Nubia la echó de allí y la joven tomó en arriendo un pequeño apartamento compuesto por una habitación, sala y cocina.

Los primeros días se sentía feliz. Vivía sola sin que nadie la controlara. Ahora sí que podría beber en paz. Necesitaba el licor, aunque al otro día amaneciera con ese dolor de cabeza tan tenaz. Ya haría algo para que no fuera así, porque si no cumplía con su trabajo la echarían, entonces, humilde y cabizbaja tendría que volver a pedirle clemencia a su familia y eso jamás lo haría.

Marcela salía de la oficina como a las 5 de la tarde, ya no se iba con la anciana. Cerca de su apartamento había un supermercado donde compraba las dos botellas de vino que consumiría esa noche. Sin alimentarse se las tomaba, durmiéndose profundamente hasta las 5 ó 6 de la mañana, se tomaba una pastilla y a las 6.30 se organizaba para irse a trabajar. Por la tarde hacía lo mismo. En eso se había convertido su vida. No se daba cuenta de la soledad que la embargaba.

Cierto día, tomó un taxi para irse a su apartamento. Estaba contenta porque ya tenía alcohol en el cuerpo. Conversaba animadamente con el chofer, a tal punto de invitarlo a pasar y con él se quedó hablando por largo rato. Afortunadamente el hombre era un buen cristiano porque no le tocó un solo cabello. La respetó como todo un caballero.

Después de este chofer siguieron otros hombres. A los tres meses de vivir sola se sentía triste y aburrida. La vida de licor no la llenaba. A cada día sentía un gran vacío en su corazón. Marcela no sabía que le faltaba la luz principal en su corazón: CRISTO. Él sí que la hubiera acompañado en cada instante, pero a ella nadie se lo dijo.

Se sentía muy triste. Su alma estaba vacía de amor. Le hacía falta la universidad. Sus compañeros, el estudio y la mirada tierna del profesor de Derecho Laboral. Seguramente sentía lástima por ella, se decía Marcela, al saber que era tan pobre y estudiaba gracias a las becas que ganaba año tras año por su excelente resultado académico. Pensando en todo esto, se entregaba con más ahínco al licor, tratando de apagar el llamado de su corazón hacia un cambio positivo que le diera la alegría necesaria para continuar adelante por la vida, seguramente de la mano de algún enamorado.

Su mamá y hermanas sabían donde vivía Marcela visitándola de vez en cuando. Nada le decían al verla tomar sus botellas de vino, o bien de ron, o de brandy. Se las tomaba durmiéndose de inmediato. Celina, su madre, lloraba de tristeza. Quería llevársela de regreso al hogar pero sus otras hijas no se lo permitían. Primero, debía alejarse del alcohol y volver a la universidad, aunque dejara el trabajo. Nunca le habían pedido que lo hiciera. Sus hermanas siempre le daban el dinero suficiente para sus gastos personales. Lo único que ellas deseaban es que Marcela terminara su carrera de Derecho para que tuviese un futuro mejor, pero ahora, entregada al alcohol era imposible. Pues bien, que toque fondo, decían a Celina, cuando esto suceda la llevaremos a alguna clínica de desintoxicación y comenzaron a buscarla para cuando llegara el momento, pero allí les hablaron de alcohólicos anónimos, les explicaron el programa,

escucharon experiencias muy dolorosas de otras personas. Les comentaron que el alcoholismo es una enfermedad que todos llevamos, mas solo se desarrolla en algunos. La esperanza renació en la familia de Marcela.

Cuando le hablaron a Marcela del programa, solo dijo que lo pensaría. Pero en su corazón se decía que jamás iría. ¿Para qué? ¿Para ser objeto de burla? Pues no. A nadie contaría su historia. Todo lo que había hecho con unos cuantos tragos de licor en su cuerpo. No. Jamás diría que había entrado hombres en su casa y que estos llenos de lástima jamás la tocaron. Se sentía mal por ello. ¿Acaso era tan fea, que ni siquiera un desconocido le hacía el amor? Escondería las botellas de vino. Cuando su familia la visitara diría que no había vuelto a tomar. Pero Celina notaba de inmediato que Marcela estaba algo bebida, mas nada le decía, porque era ella sola, la joven, quien debía tomar la decisión de dejarlo, de lo contrario jamás aceptaría que era una alcohólica y nunca visitaría la sede de alcohólicos anónimos.

Cuando Marcela se quedó dormida por tanto licor, ya que iba a la cocina con la disculpa de llevarle café a su madre, se tomaba un vaso de vino. Acción que repetía cada media hora. Hasta que al fin el vino la durmió.

Celina sintió un gran impulso comenzando a caminar por el pequeño apartamento. Casi se muere del susto: En todos los rincones de aquella casa, había botellas vacías de vino, ron, brandy y aguardiente. Contó 78 botellas. Era increíble. ¿En cuánto tiempo se había bebido todo el contenido? ¿En una semana, o bien dos días? Algo tenía que hacer y pronto. Pensó en su pequeña. ¿Dónde estaría Elena? ¿Recordaría su familia? ¿Les perdonaría tanta humillación? Se sentó a llorar recordando sus vidas, desde el momento en que abandonaron la lujosa residencia, para convertirse en unas personas humildes de clase media. Mientras miraba dormir a Marcela, se decía que ésta era inocente. Estaba pagando la culpa de ella y sus hijas mayores por haber maltratado a Elena.

Celina tomó una decisión. No permitiría que su hija se perdiera ni se hundiera más en el licor. Para tal misión debía tenerla cerca, por eso dijo a sus hijas que la llevaría a casa ese mismo día, porque en la distancia jamás cambiaría. Ellas aceptaron al ver la desesperación de su madre. Iría con ella a alcohólicos anónimos.

Cuando Marcela despertó miró a su alrededor. No lo podía creer: Estaba de nuevo en su antigua habitación. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué estaba en casa de su madre y no en su apartamento? No se atrevía a levantarse. Sentía vergüenza. No sabía lo sucedido durante la tremenda borrachera del día anterior. Lina, sin hacerle ningún reproche le llevó un delicioso jugo que la dejó como nueva. Pero aún así, Marcela sentía vergüenza continuando en la cama sin moverse.

Rato después llegaron a la habitación, Luisa, Piedad y Cristina diciéndole que deseaban de todo corazón que volviera a la casa. La ayudarían para que ingresara de nuevo a la universidad. Le pidieron que dejara el trabajo en la institución benéfica.

Ellas, como antes, le darían el dinero para todos sus gastos. Con mucho cariño le hablaron dándole confianza y fortaleza para que dejara el alcohol.

Entonces hicieron pasar a Consuelo, una alcohólica recuperada que tenía un grupo en su casa. Hablándole de los beneficios del programa, de su propia experiencia, de los terribles errores cometidos, del marido y los hijos que perdió por culpa de licor, la convencieron de iniciar el proceso de recuperación.

Sus hermanas mayores se encargaron de entregar el apartamento donde vivió Marcela y recoger sus pocas pertenencias, ya que no tenía muebles porque todo el dinero lo gastaba en licor.

Marcela, ya más tranquila y contando con el apoyo de su familia, comenzó a asistir diariamente a las reuniones de los alcohólicos donde le hablaban de CRISTO y SU AMOR HACIA NOSOTROS Y QUE GRACIAS A SU LUZ TODOS ENCONTRAMOS NUESTRO CAMINO.

Marcela hacía grandes esfuerzos por no beber. Los primeros días se ponía temblorosa por falta de licor, pero siempre, su madre la abrazaba dándole fortaleza. Celina asistía todos los días a las reuniones con su hija, lo cual era un gran alivio para la joven sintiéndose respaldada por el amor materno. Quince días más tarde, Marcela ya tenía otro aspecto. Aunque estaba ansiosa ya no temblaba.

Su genio había cambiado. Se le notaba más tranquila. Celina y sus tres hijas mayores rezaban dándole gracias a Dios por el cambio de la joven. Otra oveja descarriada había vuelto al redil.

Marcela comenzó los preparativos para volver a la universidad. Sus antiguos compañeros estaban un semestre más avanzado. Mejor, se decía ella. Así nadie se dará cuenta de mi historia.

En una de esas idas a la universidad se encontró con Andrés, su antiguo profesor de Derecho Laboral, quien al verla, se puso muy contento y sonrojándose la invitó a tomar café. Ella le contó lo que había sucedido, El joven la consolaba para que no se sintiera mal. Le decía que él mismo era un ejemplo de un alcohólico recuperado. Desde ese día comenzaron a salir. Ella lo llevaba a su casa. Su familia veía con muy buenos ojos esta amistad porque sabían que con él ella no volvería a caer en el alcohol.

Hacia tres meses que Juliana había muerto y Elena tenía cinco de embarazo. Carlos le decía que en su familia todo continuaba igual. María, Isabel y Carlota eran las únicas que faltaban por enfocar sus vidas HACIA LA LUZ Verdadera y mientras esto no sucediera, no podría entregar la herencia de su padre.

CAPÍTULO QUINTO

ISABEL

Cuando Isabel se separó de su familia, 5 años atrás, era una hermosa rubia de cabello largo y esbelto cuerpo. Caminaba con gracia y donaire. Cuando pasaba cerca de algún joven, éste le silbaba de admiración al ver tanta belleza.

Isabel era muy orgullosa. Estaba segura de su belleza. Cuando se padre se arruinó, ella cursaba 4 semestre de Administración de Empresas. Al igual que el resto de sus hermanas, se sintió furiosa contra él, no estaba dispuesta a terminar su vida en la pobreza, por eso cuando Elena le consiguió el trabajo en el Banco Calima vio la oportunidad de cambiar su vida como efectivamente así lo hizo.

Cuando llevaba dos meses de trabajo en el banco se enamoró del Gerente y éste de ella. Si pensarlo dos veces se casó con él. No lo amaba con locura, pero era una forma de salir de la pobreza. Ramiro López era un hombre bastante agradable, culto, muy elegante y bien vestido, de familia distinguida. Era alto, blanco, cabello y ojos castaños.

Hermosa dentadura tenía Ramiro la cual causaba admiración, sus empleados le contaban chistes solo por verlo reír. A los 15 días de contratar a Isabel se enamoró de ella presentándola a sus padres, quienes nunca se opusieron a la relación entre ellos, no obstante la pobreza de la joven.

Fue así como dos meses después, Isabel y Ramiro contrajeron matrimonio. Ella no invitó a nadie de su familia porque se avergonzaba de su madre y hermanas.

Isabel dejó su trabajo en el banco dedicándose a gozar de la gran vida que le daba Ramiro ya

que su magnífico salario les permitía vivir como reyes. Ella no ahorra un solo peso. Dominaba a su esposo, que seis meses después del matrimonio ya estaba aburrido. Pero Isabel era una muñeca muy hermosa. Debía exhibirla en reuniones y fiestas sociales, por eso, aún continuaba con ella.

Ramiro comenzó a llegar tarde a casa con la disculpa de sus comidas con los clientes del banco. Otras veces, decía que se quedaba en el Club jugando billar, o que se fue a comer solo. Ya no la invitaba a salir, a no ser una reunión elegante, donde, por obligación tuviera que llevarla. Isabel estaba embarazada. Su estado la volvía más caprichosa, lo cual fastidiaba bastante a su esposo. Además, era bien celosa, se decía que debía cuidarlo porque de lo contrario, si la dejaba tendría que volver a al lado de su familia y no quería sentir la pobreza de nuevo. La joven jamás visitaba a su mamá ni hermanas, no las llamaba ni les ayudaba en forma alguna. Sentía vergüenza de su propia familia.

Los pocos meses que faltaban para el nacimiento del primogénito pasaron pronto. Nació un hermoso niño a quien bautizaron con el nombre de Daniel López Guzmán.

Mientras Isabel pasaba ocupada con su bebé, Ramiro llegaba pasadas las 2 de la madrugada. Siempre tenía una disculpa diferente. Se peleaban a cada día. La joven, con su orgullo y prepotencia lo insultaba diciéndole palabras soeces, lo maldecía sin permitirle que se acercara al bebé. Ciertas noches, cuando la mujer estaba rabiosa, no le permitía dormir en la alcoba, entonces el sufrido Ramiro debía descansar en el incómodo sofá ya que las piernas le quedaban fuera.

Isabel comenzó a visitar a su familia los días domingo, no por gusto, sino para alejarse de los oficios domésticos de su hogar. En casa de su mamá no hacía nada pasándola de maravilla. Lina le prohibió la visita en días festivos y la mujer furiosa nunca volvió a pisar el hogar paterno.

Ramiro estaba muy aburrido en su matrimonio. Deseaba separarse lo más pronto posible. Siempre decía a Isabel que ese mismo día se iría. Ella, pensando en que con él se iría su cómoda vida, se le arrodillaba pidiéndole perdón una y mil veces. Decía que cambiaría su forma de ser. Él sentía lástima por ella. Ya no la quería. Miraba la cuna de su hijo prometiendo quedarse en el hogar. Isabel se convertía en una mansa paloma por 8, tal vez 15 días, pero luego volvían las peleas y el llanto del hijo por la gritería de ambos.

Ramiro continuaba llegando tarde a casa siempre con la excusa de que estaba con algún cliente del banco, hasta cierto día en que el hombre se durmió como a las 3 de la mañana. Isabel sin hacer el menor ruido tomó el celular de su esposo comenzando a leer los mensajes que había en el aparato.

Estaba muy sorprendida por lo que encontraba. Había muchos mensajes a una tal Diana, tales como: - Mi bebé, te amo, pronto me divorciaré y estaremos juntos para siempre. Eres mi vida. Conserva las llaves del apartamento que te compré.

Diana le decía a Ramiro: - Mi corazón, cómo siento tanto sufrimiento. Espero que te separes pronto de la bruja. Podrás quitarle a tus hijos, yo los criaré con todo el amor del mundo. No te preocupes mi conejito. El lunes nos veremos en la cafetería de siempre, etc.

Isabel no quiso leer más. Pensó que si le llamaba la atención se iría más pronto. En verdad se sentía culpable por el fracaso de su matrimonio. Debía pensar en la forma de atraer nuevamente a su esposo.

Por primera vez en muchos años pensó en su familia, pero sobretodo, en su papá y Juliana muertos. En Elena, su pequeña hermanita, a la cual siempre despreció por humilde, pero desde el fondo de su alma siempre admiró por valiente, aunque no quería reconocerlo. En su madre y el resto de sus hermanas, a las cuales hacía tiempos no veía. Sabía que se había

alejado de ellos por mero orgullo. ¿Qué obligación tenían de aguantarla un día domingo con su esposo e hijos, lo mismo que a María y a Carlota? Bastante tenían con todo el trabajo de aquella casa.

¿En qué se había convertido su vida? En un infierno. Pelea sobre pelea con Ramiro y una terrible soledad, ya que él por evitarla llegaba tarde, seguramente por despecho se había conseguido otra mujer, la tal Diana. ¿Quién sería ella? ¿Sería bonita? Seguramente sí porque Ramiro tenía buen gusto para las damas. No podía culparlo de nada. Ella y solamente ella tenía la culpa de lanzar a su marido en brazos de otra mujer.

Regresó al cuarto metiéndose en la cama con el firme propósito de cambiar su forma de ser a partir de ese instante. Por primera vez en su vida pensó en la verdadera Luz del Mundo: CRISTO a quien pidió ayuda y Jesús la escuchó.

Cuando Ramiro se levantó no podía creer lo que veían sus ojos: Una Isabel bañada, vestida, bien peinada y maquillada lo llamaba a desayunar. En silencio bajó. Lo único que se le ocurrió pensar es que ella le pediría dinero, pero se equivocó. La mujer estuvo muy amable con él. No lo podía entender. No pidió nada, entonces ¿por qué se arregló tanto? Lo más raro es que no lanzó ni un solo grito. Despidiéndolo con un beso le deseó mucha suerte en el trabajo. Ramiro estaba sorprendido. No confiaba en Isabel. Algo se traía entre manos. Pero ¿qué era lo que tramaba su mujer? Porque siempre que él se levantaba aún la veía en pijama, despeinada, desaliñada, alegando porque tuvo que levantarse a darle el tetero a los niños, decía que estaba agotada. Olvidando el asunto se dirigió al banco donde se entregó a su trabajo con todo el empeño que ponía siempre.

Isabel por su parte, decidió que ese mismo día haría las paces con su familia. En verdad se había alejado demasiado. Sentía que quería cambiar. Hablaría con su mamá y hermanas.

Si no le permitían la entrada a la casa, lo entendería porque se había manejado muy mal con ellas. Quería cambiar su forma de ser para que Dios le perdonara todo el orgullo que había dominado su vida hasta ese momento. Llamó a su esposo comentándole sus planes. Éste, aún más sorprendido no supo qué decir. Isabel se avergonzaba de su madre y hermanas. Entonces ¿Por qué quería visitarlas ahora? ¿Si hacía años que no las veía? Seguramente estaba enferma. Llamó a Diana diciéndole que ese día no saldría con ella. El cambio repentino de su mujer lo tenía atónito. No creía en la buena fe de Isabel. Algo buscaba, ya que esa no era la manera de actuar de su orgullosa esposa.

Isabel no anunció su visita. Cuando llegó a la casa de su madre y ésta la vio en la puerta no supo qué decir, pero ella le dijo: ¿-Puedo pasar? Vengo en son de paz. Con la cabeza, Celina le hizo señas que siguiera. Sentadas en la sala permanecían en silencio. Poco a poco fueron apareciendo sus hermanas, entonces Isabel les dijo:

-Vine a pedirles perdón. Sé que me he manejado muy mal con ustedes. He sido muy orgullosa. Estoy a punto de perder lo que más amo en el mundo que son ustedes y mi esposo. Anoche supe que tenía otra mujer, pero no le puedo hacer ningún reclamo porque la única culpable soy yo. Anoche pedí al Señor Jesús que me iluminara y aquí estoy humildemente pidiéndoles excusas para que Dios pueda perdonar mi pecado de orgullo. Si aún hay algún pequeño lugar en sus corazones les pido que me acepten.

-Quiero cambiar mi vida enfocándome hacia esa Luz Maravillosa que es Cristo quien tanto las ha cambiado a ustedes. También quiero buscar a Elena para pedirle perdón, pero no sé donde encontrarla. Celina y sus hijas la escuchaban emocionadas fundiéndose en un solo abrazo. Llorando por la emoción del reencuentro almorzaron en animada charla.

Una vez más, la familia deseaba hallar a Elena para pedirle perdón porque sabían que de lo contrario jamás tendrían la felicidad completa. Habían cometido muchísimos abusos contra una chiquilla inocente, cuyo único pecado fue ayudarles sin pedir nada a cambio.

Si por un solo momento estas mujeres hubieran imaginado que Elena estaba más cerca de lo que ellas pensaban, su felicidad hubiera sido completa. Además, Ramiro y Carlos eran buenos amigos. Juntos hablaban de los problemas familiares de sus esposas.

Cuando Isabel regresó a casa, Ramiro ya había llegado. La joven le pidió perdón una vez más por su comportamiento con él. -Lo amaba. Estaba dispuesta a cambiar para que fueran una familia feliz criando a sus hijos en la Única y Verdadera Luz del mundo que es Cristo.

Ramiro no lo podía creer, pero pensaba que sería maravilloso que Isabel cumpliera su palabra. Estaba cansado de tanta pelea. Su único deseo es que su matrimonio funcionara.

Decidió darle otra oportunidad a su esposa. Sabía que tenía que terminar con Diana. Sería doloroso para ella, pero era lo mejor. Era demasiado joven. Pronto se casaría con un buen hombre. Le regalaría el apartamento. Se lo merecía por los meses de felicidad que le había brindado.

Pasaban los días e Isabel cumplió su palabra. Activa, de buen genio, cariñosa, y atenta. Excelente como esposa, nuera, madre e hija. Todo era felicidad en este hogar.

El cambio de Isabel aumentaba a medida que pasaban los días. Se veía más bonita, más mujer. Ramiro se enamoró nuevamente de su esposa. Al fin la paz reinó en el hogar de estos dos seres que encontraron el camino verdadero Hacia La Luz de Cristo porque ya no pelearon nunca más. Junto a sus hijos asistían los domingos a la santa misa, dándole gracias al Altísimo por la segunda oportunidad que les daba de hacer un hogar maravilloso criando a sus hijos en la fe de Cristo.

Después de la misa, la familia de Isabel, al igual que la de Ramiro, eran invitados especiales en

este hogar donde eran atendidos con gran esmero. Otros domingos, iban a la casa de Celina o bien donde los padres de Ramiro, pero la mayoría de las veces era Isabel quien los invitaba a departir con ellos. De esta forma pagaba un poco su pecado de orgullo y vanidad.

CAPÍTULO SEXTO

MARÍA

Cuando María comenzó a laborar en el Banco Calima con sus hermanas Carlota e Isabel, era muy dedicada a su trabajo. Era una morena muy alta de cabello corto y negro al igual que sus grandes ojos, sus blancos dientes y su cuerpo bien formado, atraía la mirada de los hombres hacia ella. No era orgullosa ni vanidosa, pero sí sumamente ambiciosa. Pensaba que debía casarse muy pronto si quería salir de la pobreza.

Uno de los cajeros llamado Luis, era un hombre bastante atractivo, de piel blanca, ojos verdes, cabello rubio, cuerpo atlético. Las empleadas del Banco le echaban el ojo, le coqueteaban pero él no hacía caso a ninguna hasta que María comenzó a trabajar allí, entonces las cosas cambiaron para Luis que se enamoró de ella tan pronto la vio. La joven pensaba que con un simple cajero jamás saldría de la pobreza, hasta que se enteró que Luis estudiaba Administración de Empresas por las noches. Pronto sería un profesional, además, tenía casa propia y carro. Fuera de esto, vestía sumamente bien. Ni siquiera Ramiro, que era el gerente, tenía ropa tan costosa.

Para María fue una noticia maravillosa. Comenzó a hacerle caso a Luis. Salían a comer, a cine, iban a sitios muy elegantes donde ella se sentía como una reina. Tres meses después se casaron. La joven continuó trabajando en el banco. Luis le decía que cuando naciera el primer hijo ella debía renunciar. María feliz le decía que sí.

María no volvió a visitar a su familia porque le parecía muy poca cosa para ella. Vivía en un hermoso apartamento amoblado con lujo, donde se veía que su dueño había invertido muchísimo dinero. Luis no tenía familia. Sus padres habían muerto cuando era un niño, siendo

criado por un tío, que en vez de trabajar, se dedicaba a robar la cartera de las gentes que pasaban cerca de él.

La infancia de Luis no fue fácil. Su tío Gerardo le daba estudio, pero nada del cariño y amor que necesita un niño. Luis sabía de dónde provenía el dinero que llegaba a la casa de su tío, pero alzándose de hombros se decía que no era su problema, mientras no lo cogiera la policía que hiciera lo que se le antojara, cuando cumpliera sus 18 años se iría de aquella casa, donde permanecería únicamente hasta que terminara el bachillerato, luego conseguiría trabajo para poderse mantener y estudiar de noche, así saldría de aquella pocilga, como decía a la casa del tío Gerardo, que llegaba borracho casi todas las noches. Ese fue el ejemplo que recibió Luis durante su niñez. Cuando se fue de aquella casa nunca más volvió a saber de su tío. Consiguió trabajo modelando ropa. No necesitaba muchos conocimientos para este trabajo. A sus 18 años era muy atractivo ante los ojos femeninos. Por las noches estudiaba Administración de Empresas. Recibía tan buenos ingresos que prontamente pudo comprarse un pequeño apartamento. Después de un año lo vendió comprándose otro más grande, lujoso y elegante.

Cuando cumplió sus 22 años estaba cansado del modelaje. Tenía dinero suficiente. Un hermoso apartamento y un carro Mazda, el cual, muy pronto cambiaría por un modelo más reciente. Quería encontrar otro trabajo donde no tuviera que viajar tanto, había interrumpido la universidad varias veces por culpa del modelaje. Deseaba una vida más tranquila, por eso, cuando leyó en el periódico que un banco necesitaba cajeros, corrió sin pensarlo pasando el examen y la entrevista. Fue así como comenzó su trabajo en el Banco Calima donde ya llevaba 5 años laborando.

A sus 27 años se veía mucho más atractivo que antes. Pero él, muy serio en todo momento, no quería enredarse con ninguna de sus amigas. Deseaba una mujer muy hermosa para poderla lucir en todas partes, por eso cuando vio a María se enamoró de ella al instante, ahora que era su esposa se sentía radiante. En verdad era bien bonita su mujercita, se decía, mientras, la

joven salía orgullosa del brazo de su esposo. En el banco era envidiada por haberse llevado el hombre más apetecido por las empleadas de allí ganándose su enemistad, por eso María no tenía amigas. A la hora del almuerzo lo hacía con su esposo en el mejor restaurante de la ciudad de San Martín. Por las tardes se iban a bailar, o al cine, etc., siempre tenían un programa diferente para cada noche.

A veces Celina o alguna de sus otras hijas llamaban a María para invitarla, pero ella les contestaba de mala gana, diciéndoles que no iría ya que ella y esposo tenían su programa. María y Luis vivieron su primer año de matrimonio maravillosamente, unidos en el amor, el hogar y el trabajo.

El único día que Luis y María no salían era el sábado. Luis decía que iba a estudiar con un amigo, pero jamás le daba el teléfono a su esposa. Era un misterio total lo que él hacía. Claro que ella no dudaba de él aunque llegara a las 4 ó 5 de la mañana, sin tomarse un solo trago de licor, por tal motivo, ella así lo creía. Cuando Luis se acostaba, ella despertaba y abrazándose a él se dormía nuevamente quedando extasiada en su maravilloso mundo.

Al año siguiente de matrimonio María quedó embarazada, por tal motivo tuvo que renunciar a su empleo.

Luis le decía que debían suspender todas las salidas nocturnas, porque él tomaría un programa más extenso en la universidad con el fin de terminar la carrera más pronto, así conseguiría un empleo mejor, de esta forma su bienestar económico sería mayor. Ella le decía que sí mientras los ojos le brillaban cuando él mencionaba la palabra dinero.

María permanecía en la casa cuidando su embarazo mientras Luis trabajaba en el banco. Cuando salía de allí decía que iba a la universidad y no regresaba hasta altas horas de la noche.

María comenzó a preocuparse porque Luis ya no era el marido amante, enamorado y feliz. Sus ojos le daban miedo cuando se quedaba mirándola fijamente, veía en esa mirada cinismo, secretos y burlas. Ella no le decía nada por miedo a que se enojara soportando en silencio la indiferencia de Luis.

Cierta día llegó Luis a las 7 de la noche a cambiarse de ropa. Al ver que la comida no estaba lista la golpeó sin importarle que estuviera embarazada. Luego salió de la casa sin mirar atrás.

María no comprendía qué había sucedido con Luis. ¿Por qué se había vuelto tan grosero si ella no le había fallado? No tenía a quien contarle su pena. A su mamá no la llamaría porque muchas veces despreció a su propia familia. Seguramente no querrían escucharla. A Isabel y Carlota, que eran más que hermanas, sus amigas, tampoco podría contarles su tristeza porque ellas estaban viviendo su propio calvario.

Estaba sola, lo sabía. A su marido lo veía cada vez más raro. Ya no trabajaba en el banco pero el dinero en aquella casa entraba en grandes cantidades. ¿De dónde lo sacará? Se preguntaba María muchas veces pero jamás encontraba una respuesta. ¿Será que consiguió trabajo de noche en la universidad? No se atrevía a preguntarle por miedo a una golpiza. Además, Luis tomaba licor y cuando estaba embriagado la trataba muy mal, aunque fuera verbalmente.

Para comprar el ajuar del bebé Luis le dio demasiado dinero. Cuando ella le dijo que no valía todo eso, él simplemente le contestó que lo gastara todo y lo dejara en paz.

María siguió sola con su calvario. Cuando llegó el nacimiento del bebé Luis no estaba en la casa. Le tenía prohibido llamarlo al celular, pero ese día era diferente, se decía María.

Cuando la joven dijo a su esposo que su hijo nacería ese día, simplemente le dijo que tomara un taxi, luego se verían en la clínica. Pero Luis no llegó hasta el día siguiente. Cuando supo que le había nacido una niña se enojó muchísimo porque no era un varoncito, pero en fin, se decía que

esta bebida estaba muy linda y debía llamarse como su mamá: Josefina. María se estremeció por el nombre tan feo, pero no tenía otra opción que darle gusto al hombre, ya que él imponía las órdenes en el hogar.

La vida continuó igual para María. Ahora vivía muy ocupada. No tenía tiempo para las rabietas de Luis que cada día estaba más insoportable. Todos los días llegaba casi borracho a la madrugada, después de abusar de ella, se dormía como si nada hubiese sucedido, dejando a la mujer entristecida y asustada por tanto tormento. María ya no era la joven bonita, se veía envejecida. En casi tres años de matrimonio había cambiado muchísimo. Su cuerpo ya no era tan bonito, había engordado después de tener a su niña. Luis se reía de ella diciéndole gordiflona. María sabía que debía adelgazar para tener de nuevo su esbelto cuerpo, por eso solo comía ensaladas, frutas y carne asada. Poco a poco iba perdiendo los kilos de más.

El dinero seguía llegando en grandes cantidades. María le preguntó de donde lo sacaba y él le dio tremenda golpiza por meterse en lo que no debía.

María se dijo que esa situación no podría continuar. Su hijita merecía otra vida mejor. Se separaría de él. Huiría donde no las encontrara porque sentía miedo. Pero antes de hacerlo, tenía que saber de donde salía el dinero que tanto le agradaba y gastaba a manos llenas. Era demasiada la curiosidad que sentía. Como no podía dejar a la niña sola, le pagaba a la vecina para que la cuidara. Le dijo que había conseguido trabajo en una cafetería y esa semana debía laborar hasta las 12 de la noche.

Ese día, cuando Luis fue a la casa a cambiarse de ropa, al no encontrarlas se puso furioso y salió del lugar llamando un taxi, sin saber que su esposa estaba escondida en el carro lista para seguirlo. Condujo a una distancia regular del taxi que iba por los barrios más bajos de la ciudad. Ella sentía miedo pero su curiosidad era más fuerte. De pronto el taxi se detiene. Luis se baja entrando a una bodega bastante fea donde se notaba la falta de pintura. Ella anotó la dirección desapareciendo de allí rápidamente. No entendía qué hacía él en dicho sitio. No pudo dormir en

toda la noche. Una duda siniestra ocupaba su mente.

Decidió investigar el lugar. Personalmente no podía hacerlo porque si su esposo se encontraba en el sitio la mataría. Tendría que buscar un investigador privado que hiciera el trabajo. Si sus dudas se confirmaban ella misma lo entregaría a las autoridades.

Por primera vez pensó en su familia. En la honestidad de sus padres, que siendo pobres los últimos años, eran muy honrados. Se decía que estaba pagando muy cara su ambición como también la indiferencia con su madre y hermanas, volvería con ellas a pedirles perdón. ¿Dónde estaría la pequeña Elena? Después del matrimonio de ella nunca más volvieron a tener sus noticias. Tenían bien merecido este desprecio porque fue mucho lo que la hicieron sufrir. Pero lo que María no sabía es que Elena y Carlos conocían paso a paso la vida de ella y las andanzas de su querido Luis.

Elena decía a Carlos que debían denunciarlo, mas él respondía que debía ser la propia María quien tomara la decisión, porque era la única manera de redimirse, fuera de eso, debía pedir perdón y volver arrepentida al seno de la familia.

Cuando María contó los hechos a José, el investigador privado, éste prometió que muy pronto tendría sus noticias.

José tenía muy poco trabajo en su oficina, por eso se dedicó de lleno al problema de María, ya que con el dinero que ésta le pagaría, cancelaría sus deudas para comenzar de nuevo. Este caso prometía ser muy interesante, no solo por el dinero que recibiría, sino también por lo que descubriría.

Tan pronto María salió de la oficina de José, el primer investigador que encontró en el directorio telefónico, éste fue al garaje y sacando su destartado coche se dirigió a la bodega indicada por la mujer. Cuando llegó tocó a las puertas del lugar pidiendo ayuda para arreglar su viejo Renault

4.

Le abrió un hombre de color negro, alto, fornido, mal encarado, diciéndole que le ayudaría pero le costaría dinero. José pensando en su chequera vacía le dijo que sí, entonces el negro lo invitó a pasar y sentarse mientras buscaba las herramientas.

José estaba admirado, era una bodega bastante grande, llena de televisores, neveras, radios, hornos microondas, estufas, y toda clase de electrodomésticos. No sabía qué pensar. Parecía un almacén funcionando con todas las leyes. Rápidamente colocó micrófonos en los teléfonos y grabadoras escondidas para poder escuchar lo que allí se hablaba, alejándose del lugar a toda prisa. Cuando el negro apareció con las herramientas y al no verlo, maldiciendo entre dientes se olvidó del visitante. Continuó su tarea de cuidar el lugar dirigiéndose a su oficina.

Seguramente los hombres no irían hasta la noche. Para disimular su ansiedad, jugaba solitario hasta que sintiera alguna conversación en la bodega. Tenía sus propios medios para escuchar desde la oficina lo que allí se hablara. José pensaba que sería muy fácil saber a qué se dedicaba Luis. Esa misma noche lo sabrían gracias a los micrófonos instalados.

María estaba muy nerviosa. Cuando Luis llegó como a las 6 de la tarde a cambiarse de ropa, en silencio le sirvió la comida. El hombre se bañó, se vistió y se fue sin despedirse. De inmediato llamó a José para decirle que seguramente su esposo iba hacia el sitio indicado.

José guardó su naipe, conteniendo la respiración esperaba que algún ruido sonara a través de sus aparatos, pero una hora más tarde nada había sucedido. Como a las dos horas se escucha una conversación entre Luis y sus amigos:

Luis da órdenes a 5 hombres para que al día siguiente roben en el Almacén Cristales, donde se vendían las lámparas más finas, caras y lujosas.

Después se escucha otra conversación donde Luis da órdenes a otros 5 hombres para robar la Joyería Joly.

Después, Luis envía 10 hombres a todos los negocios del barrio Popular a cobrar la cuota mensual de vigilancia. Sabía muy bien que los comerciantes pagarían ya que el miedo los impulsaba a hacerlo.

Luis decía a sus compinches que él iría personalmente, con dos de los hombres, a robarle el dinero al dueño del supermercado porque el pobre señor, con tanta tembladera era más difícil de robar que los demás.

Luis conseguía millones de pesos cada mes a costas del trabajo ajeno. Se creía invencible porque llevaba demasiados años haciéndolo y jamás lo habían cogido. Aún trabajando en el Banco se dedicaba a estos oficios. Por eso el dinero entraba a manos llenas en su casa. No se medía para gastar. Era lo único que daba a María: Dinero y más dinero. Así estará contenta, se decía, las mujeres solo piensan en nuestros bolsillos. Luis sabía que algún día debía dejar esos negocios tan oscuros, pero, pensaba, trabajaré otros dos años, luego me retiro montando mi propio supermercado.

José escuchaba al hombre dar órdenes a sus secuaces. Después de llamar a la policía avisó a María que esa noche encarcelarían a su esposo y compinches.

María fue llamada por las autoridades para declarar sobre su esposo, pero ésta, solo dijo que no tenía la menor idea de las actividades de Luis ya que él jamás le comentaba nada.

Continuó el calvario para María, porque Luis, una vez procesado, fue conducido a la cárcel condenado a pagar 10 años de prisión por robo en gran escala.

Lo visitaba todos los domingos. Éste, con lágrimas en los ojos, le suplicaba que consiguiera el

mejor abogado para sacarlo de allí, pero ella, recordando los maltratos recibidos le decía que sí, pero no lo hacía. Tres meses más tarde solo le hacía una visita mensual. Después iba cada dos meses, hasta que dejó de ir.

María tenía bastante dinero ahorrado, además tenía el apartamento y el Mazda último modelo. Vendería todo. Se iría lejos. Prefería vivir más humildemente pero con la paz que nos da Cristo. Compraría una casa cerca de su mamá y hermanas, las visitaría diariamente, si es que le perdonaban el haberlas despreciado.

Ese domingo, estaba toda la familia reunida en casa de Celina, cuando de pronto tocaron a la puerta y todos se quedaron sorprendidos viendo a María cargando a su pequeña. Antes de entrar pidió perdón, solicitándoles que la admitieran de nuevo en el seno de la familia.

Celina y sus demás hijas la abrazaron a ella y a la pequeña Josefina, entonces María, con lágrimas en los ojos, les contó su triste historia, a la vez que cada una de sus hermanas, contaba así mismo, sus sufrimientos. Toda la familia lloraba pensando en lo mucho que cada una había padecido. Siempre terminaban la conversación diciendo que era un castigo por los maltratos hecho a Elena. Rogaban a Dios que les permitiera volver a verla para pedirle perdón.

María, al igual que sus hermanas, encontró el verdadero camino hacia la felicidad, se fue Hacia la Luz de Cristo, porque a partir de ese entonces se convirtió en una mujer muy diferente llena de amor hacia sus semejantes y su familia.

Dos años después de que Luis fuera hecho prisionero, María se enteró que lo habían matado en cárcel en una pelea con otro interno. Pidiéndole perdón a Dios, se sintió tranquila porque el hombre ya no la molestaría nunca más.

Ahora tenía paz y tranquilidad. Vivía muy feliz. Trabajaba de nuevo en uno de los bancos de la

ciudad como Subgerente. Ganaba muy buen dinero con el que sostenía su hogar. Aunque su madre ya no necesitaba ayuda económica, María le daba una suma mensual para sus gastos. En el otro extremo de la ciudad, en un hermosísimo apartamento, Carlos y Elena decían que ya había otra oveja de vuelta al rebaño. Solo faltaba Carlota por regresar y de esta forma podrían entregar la herencia de don Alfonso.

CAPÍTULO SIETE

CARLOTA

Carlota era una mujer muy bella, pero de baja de estatura. Solo medía 1,60 mts. No era obesa, pero tampoco era delgada. Sus hermanas eran altas y sus cuerpos esbeltos. Se sentía inferior a ellas, por eso no aspiraba a casarse con hombres tan brillantes como Ramiro y Luis. Ella se conformaría con el primero que le propusiera matrimonio. Su pecado era menospreciarse así misma.

Carlota no era orgullosa ni ambiciosa, tampoco despreciaba a su familia, ya que de vez en cuando los visitaba, pero nunca les daba uno solo peso. Esta joven tenía un gran defecto: Su pensamiento negativo. Creía que todo le salía mal porque se sentía fea. A sus cortos años no había tenido novio y eso la volvía un poco amargada. Jamás lo demostraba ya que reía ante todos, pero en su soledad lloraba pidiéndole a Dios que no la dejara soltera. La pobreza en que vivía con su familia no la asustaba tanto como a sus hermanas.

Cuando comenzó a trabajar en el banco, era la única de las tres, que daba dinero a su madre. Pronto se hizo amiga de Jorge, el joven vigilante, comenzando a salir juntos, hasta que seis meses después se casaron. Arrendaron una casita en un barrio no muy lujoso, ya que sus dos sueldos no les alcanzaba para algo mejor.

Mientras Isabel se había casado con el Gerente del Banco y María con el cajero más apetecido, Carlota lo hacía con el más humilde de los empleados: El Vigilante. Jorge no era bonito, era moreno, algo obeso, medía como 1,65 Mts.

Al saberse una mujer casada se volvió orgullosa. Sabía que no era tan fea como creía. Se sentía feliz. Aunque no tuvieran mucho dinero se amaban. Lo que Jorge nunca le dijo a Carlota

es que él era un hombre enfermo. No tenía más de 5 ó 6 años de vida.

Jamás se lo diría, pensaba Jorge, por miedo a perderla. Carlota quedó embarazada. Nueve meses más tarde nacieron los trillizos: Ramón, Miguel y Darío, lo cual aumentó la pobreza en el hogar de la joven, porque ella, al no tener con qué pagar una niñera debió salirse de su trabajo para cuidar a los hijos. Con el sueldo de Jorge apenas vivían.

Celina y sus hijas ayudaban a Carlota con los gastos de los niños. Le pidieron que consiguiera una casa más cerca de ellas para cuidarle los hijos y de esta forma pudiera trabajar. Así lo hizo la joven. Consiguió empleo como vendedora en un almacén. Ganaba el salario mínimo, pero era una ayuda en el hogar.

Cuando Carlota y Jorge cumplieron tres años de casados a este le dio osteomielitis, quedando inválido de una pierna, motivo por el cual ya nadie le daba trabajo. Desde muy joven comenzó a celar. No sabía hacer otra cosa ya que sus estudios eran muy pocos.

La situación de Carlota preocupaba mucho a Celina y sus hijas. La joven debía pagar una empleada para que cuidara a Jorge mientras ella trabajaba, entonces, sin que Carlota se ofendiera, llevaban comida, de a poquitos para que no se sintiera humillada, unos días llevaban arroz, otros panes, otros papas y así le iban llenando la nevera de comida la cual le duraba un mes.

Ella no decía nada, pero agradecía a Dios el haberle dado una familia como la suya, ya que de no ser por ellos, se hubieran muerto de hambre en la dura situación en que vivían, porque las hermanas de Jorge no les ayudaban en nada.

Carlota trabajaba muy duro para sostener su hogar. Cuando regresaba del almacén recogía a sus hijos. Ya en la casa, atendía a Jorge y los trillizos sin darse un solo momento de descanso.

Era admirable verla tan entregada al trabajo.

Después de la enfermedad de Jorge, Carlota comenzó a rezar, a ser más devota del amado Jesús. Ya no era tan negativa en su forma de pensar. Su esposo caminaba apoyado en dos bastones.

Siempre enfocada en Cristo Jesús su vida comenzó a ser más fácil. Más dinero entraba al hogar. Ramiro, el esposo de Isabel, consiguió trabajo para Jorge como recepcionista en un hotel donde le pagaban bastante bien. Pero aún así, Carlota no dejó su puesto en el almacén. Sabía que no podía hacerlo, aunque su situación económica había mejorado notablemente.

En su interior, Carlota se decía que tanto sufrimiento era un castigo por los malos tratos que habían dado a la pequeña Elena. ¿Dónde estaría? ¿Cómo le gustaría verla y pedirle perdón? Pero no sabían dónde hallarla, se decían Celina y sus hijas. Ya reunidas de nuevo, decidieron buscar a Elena, pero no sabían cómo hacerlo.

Mientras esto sucedía, Carlos y Elena, cuando Carlota se fue a vivir cerca de su familia, decidieron que era el momento de entregarles la herencia, pero lo harían después del nacimiento de su hijo. Sería un gran momento de paz y unión entre la familia.

Pero el destino había dicho que el hijo de Elena naciera en Alemania, porque debido a su embarazo no obtuvo el permiso para viajar a Colombia.

Carlos, al enterarse, tomó el primer vuelo hacia su país para estar presente en el nacimiento de su hijo, el cual sería un varoncito, al cual decidieron colocar el nombre de JESUS, en agradecimiento a Dios, porque les había enfocado la vida de todos ellos hacia la verdadera Luz que es Él y la paz maravillosa que ahora gozaba la familia de Elena, eran suficiente recompensa

en este mundo para sentirse feliz.

Elena se hallaba un poco triste porque este hecho demoraría un poco más el encuentro con su familia, pero su esposo, suegros y cuñados la animaban diciéndole lo paciente que había sido durante más de cinco años. Ahora faltaban escasos dos meses para verlos. Elena, en silencio, ofrecía esta espera al Señor Dios.

Al fin nació el primogénito en la familia Brunet Guzmán. Era un precioso chiquillo de ojos azules como su abuelo paterno. Estaban felices. Era su primer nieto. Decidieron viajar a Colombia para permanecer unos cuatro meses al lado de su nuera y nieto.

Cuando Jesús cumplió un mes decidieron que era que era el momento de viajar. Elena estaba feliz e impaciente por llegar. ¡Qué linda se veía! Era una madre ejemplar con su bebé. Su esposo la amaba profundamente. Se desvivía por hacerla feliz. Se lo merecía, decía él. La consideraba una verdadera heroína. Soportar tanto sufrimiento y vejaciones. Ahora, se sentía feliz porque vería de nuevo a su madre y hermanas. Cuando llegaron al aeropuerto, Elena veía más cercano el re encuentro con su familia. Pensaba que al día siguiente de su llegada las reuniría, pero su esposo y suegros le dijeron que al domingo próximo harían una invitación a toda la familia Guzmán Contreras, pero sin decirles el motivo. Cuando estuvieran en la casa, Elena haría su aparición como una reina llevando en brazos a su hijo. La alegría y ansiedad de la joven se contagiaron a los miembros de su nueva familia.

Lo que no sabía Elena, es que Carlos, antes de viajar a Alemania se había reunido con Ramiro, el esposo de Isabel, Jorge el marido de Carlota y Ricardo, el empleado que tenían las hermanas de Elena, el cual estaba profundamente enamorado de Lina y estaba dispuesto a aceptar a sus dos hijos como propios, para pedirles información sobre la familia, si realmente la paz que habían construido aún continuaba.

Celina Contreras y sus ocho hijas, ya que Juliana había muerto y a Elena no la veían desde hacía muchos años, no comprendían la llamada que les hizo Carlos Brunet. Muy vagamente lo recordaban. Sabían que se había casado con Elena y esto las preocupaba muchísimo. ¿Sería que les iba a pedir cuentas por el sufrimiento causado a su esposa? ¿O tal vez Elena había muerto y quería informarles al respecto? ¿O estaría enferma? Entonces comenzaron a llorar pidiéndole al Señor que les permitiera obtener el perdón de la pequeña. Muy preocupadas salieron ese domingo con rumbo a la casa del alemán sin saber lo que allí les esperaba.

Cuando llegaron se quedaron en suspenso al ver tanto lujo. En el comedor se veían grandes cantidades de comida, licor, pasa bocas y nueve adornos florales. En cada uno de ellos había una dedicatoria: Bienvenida mamá y en los ocho ramos restantes estaba el nombre de cada una de sus hermanas con sus respectivos esposos, excepto María que era viuda.

Ellas no entendían qué sucedía. El alemán no se veía por parte alguna. Un sirviente las hizo entrar a la sala y después de ofrecerles asiento les dijo que en unos momentos bajarían los anfitriones. Efectivamente, a los escasos 10 minutos vieron una pareja conformada por un hombre mayor y una joven de escasos 23 ó 24 años llevando en brazos un bebé. Qué linda era, se decían, pero cuando la pareja se acercó y reconocieron a su hermanita Elena se pusieron a llorar pidiéndole perdón. Pero ésta las tranquilizó diciéndoles que no tenía nada que perdonarles. El Señor Dios ya les había perdonado.

Después de presentar a sus suegros y su hijo, de conocer a sus sobrinos y cuñados, Elena les comentó sobre la herencia dejada por su padre. Éstas, al saber que no eran tan pobres en aquel entonces, comenzaron a reír dándole las gracias al señor Alfonso Guzmán por enseñarles la gran lección de sus vidas: Aprender cuál es La Verdadera Luz del Mundo y vivir de acuerdo a sus enseñanzas: CRISTO JESÚS. Dejar a un lado los pecados de vanidad, orgullo y ambición, pero sobre todo, aprender a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Pasaron un día maravilloso contándose todas sus aventuras, trabajos y desventuras. María era

la única que no tenía pareja, ya que al enviudar nunca quiso casarse. Reían, pero también lloraban por la muerte de Juliana y de su padre.

Elena les dijo que al otro día se reunirían en la oficina del abogado para entregarle a cada una su herencia. La más contenta era Carlota, ya que al ser la más pobre de todas, este dinero le caería muy bien. Compraría una casita, les decía.

Pero Carlos les dijo que por haber aprendido la gran lección de sus vidas, a cada una le regalaría un apartamento en el mismo edificio donde ellos vivían, de esta forma podrían verse cuando quisieran. Pero también les advirtió que si se apartaban del camino correcto volvería a dejarlas en la pobreza teniendo que ganarse el pan de cada día en forma tan dura como lo hicieron al principio.

Elena le daba mil besos dándole las gracias porque no tenía conocimiento de este regalo. Toda la familia reunida, con los padres de Carlos Brunet, entonaron un canto de abalanza al Señor Dios en acción de gracias por todos los beneficios recibidos.

De esta forma, la familia Guzmán Contreras fue "HACIA LA LUZ". HACIA LA VERDADERA LUZ DEL MUNDO QUE ES "CRISTO JESÚS".

FIN

Luz Elena Eusse López

leelo@une.net.co

Medellín, 3 de septiembre del 2.005

Obra registrada el día 17 de noviembre del 2.005

Según libro 10, tomo 136, partida 393.

Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2009 Revista Literaria Katharsis 2009